

1 CORINTIOS

Introducción

Corinto. Capital de la provincia romana de Acaya desde el año 27 a.C. Era por su posición geográfica estratégica, sus dos puertos de mar y sus edificios suntuosos una ciudad cosmopolita, la tercera más grande del imperio con una población de casi medio millón de habitantes, entre los que se encontraban gran número de esclavos y una importante minoría de judíos. A la prosperidad económica se unía la vida licenciosa: su templo principal estaba dedicado a Afrodita, la diosa del amor, y en él se practicaba la prostitución sagrada (a ello alude 6,15-20), haciendo de Corinto la ciudad del placer. Era también confluencia de religiones y cultos dispares acarreados por pobladores heterogéneos y por predicadores itinerantes. En la ciudad se celebraban periódicamente importantes acontecimientos deportivos llamados «Juegos Ístmicos».

La comunidad cristiana de Corinto. A Corinto llegó Pablo, después de su aparente fracaso en Atenas (Hch 17s), para entrar inermemente, solo con su evangelio, en aquel hervidero humano de culturas. Un predicador más de otro culto oriental aún más extraño. Lo acogieron Áquila y Priscila, un matrimonio de judíos convertidos al cristianismo, desterrados de Roma por el edicto del emperador Claudio (año 49). Allí se quedó el Apóstol año y medio. Rechazado por los judíos, reclutó conversos sobre todo entre los plebeyos y esclavos de la ciudad y los cuidó para formar con ellos una comunidad cristiana. El mensaje de Pablo era para ellos la «Buena Noticia» que les devolvía dignidad humana y les infundía esperanza.

A juzgar por los documentos, a ninguna comunidad dedicó Pablo tanta atención y tantos desvelos. En cierto sentido, Corinto fue la comunidad paulina por excelencia. Evangelizar en Corinto era anunciar la «Buena Nueva» a todas las naciones, congregadas y revueltas; era experimentar el encuentro o choque entre cristianismo y paganismo; era seguir de cerca, con ansiedad y celo apostólico, el rápido y azaroso crecimiento de una comunidad de neófitos, plantas tiernas expuestas al paganismo envolvente con sus doctrinas y costumbres decadentes y que, aunque bautizados, aún no se habían desprendido del lastre de un pasado pagano reciente.

Ocasión, lugar y fecha de composición de la carta. La ocasión de la carta la conocemos por la carta misma. Pablo se encontraba en Éfeso (año 54-57) evangelizando la gran capital marina de Asia, cuando le llegaron malas noticias de Corinto. Les escribió una primera carta, hoy perdida (5,9); se sumaron otras noticias alarmantes de divisiones internas y de escándalos en la comunidad. A las noticias acompañaban consultas sobre puntos de doctrina y comportamientos a seguir. Pablo contestó a todas estas inquietudes de la comunidad con la que hoy llamamos Primera Carta a los Corintios.

Carácter y contenido de la carta. Aunque la carta pretende ser una respuesta a la variedad de problemas y cuestiones planteadas, Pablo, atacando abusos y respondiendo a dudas, nos va dejando las líneas maestras del Evangelio que predica, rescatando la auténtica y completa «memoria de Jesús» para una comunidad que estaba olvidando una parte esencial de la misma, quizás a consecuencia de la euforia propia de recién convertidos: la cruz de Cristo, que es la otra cara inseparable de su resurrección gloriosa. Y así, con la fuerza y sabiduría de Dios manifestada en un Mesías crucificado, el apóstol amonesta, corrige y anima a su comunidad favorita a dar un testimonio diario de unión, de solidaridad con los más pobres y necesitados, con los débiles y menos favorecidos, y el ejemplo de una vida moral intachable en medio de aquella sociedad corrompida.

Esta vida de compromiso cristiano sólo es posible desde la abnegación y el sacrificio gozosos, propios del creyente que sabe y acepta su condición de peregrino que debe cargar con la cruz de Cristo mientras se encamina a participar de su resurrección. Si hay que buscarle un tema unificador a la carta, la cruz de Cristo sería este tema.

Sin pretender, sin alardear, Pablo compone un texto de calidad literaria excepcional que nos desvela la extraordinaria riqueza humana de un hombre que se sabe mostrar sereno y conciliador, pero también mordaz, irónico, escandalizado, herido, para terminar siendo afectuoso y tierno con la comunidad que más quería.

Actualidad de la carta. Pocas comunidades cristianas del tiempo de Pablo las conocemos tan bien como la comunidad de Corinto: sus problemas de convivencia entre ricos y pobres, los fallos graves y públicos de algunos de sus miembros, la tentación constante de dejarse arrastrar por las costumbres de una sociedad decadente y bastante corrompida, es decir, toda aquella fragilidad humana en la que podemos ver reflejada nuestra fragilidad. Pero ésta era solo una cara de la realidad, la otra muestra a una comunidad entusiasta y comprometida en la que tanto los hombres como las mujeres son conscientes de los carismas y dones recibidos que ponen al servicio de los demás, aunque a veces de manera tumultuosa y desordenada. Conocemos sus asambleas eucarísticas y la preocupación de los dirigentes (de ahí el informe que le llega a Pablo) cuando la celebración del la «Cena del Señor» se divorcia del compromiso de servicio y solidaridad con los más pobres. Es decir, una comunidad viva que sirve de ejemplo y cuestiona la pasividad y apatía de muchos de nuestros cristianos y cristianas de hoy.

El contexto social en que viven los corintios es casi el reflejo exacto del contexto de gran parte de nuestras comunidades: los suburbios pobres de las grandes ciudades, el desarraigo de emigrantes en busca de trabajo, la convivencia con personas de culturas y creencias diferentes, la seducción casi irresistible que ejerce un medio ambiente con valores anticristianos como el poder, la indiferencia y el sexo, lo duro que es luchar contra corriente. Por eso, los consejos, amonestaciones y la palabra evangélica de Pablo resuenan hoy en nuestros oídos con la misma actualidad, urgencia y, sobre todo, con el mismo poder transformador del Espíritu que hace dos mil años.

Saludo y acción de gracias¹

1 ¹Pablo, llamado por voluntad de Dios a ser apóstol de Cristo Jesús, y el hermano Sóstenes, ²a la Iglesia de Dios de Corinto, a los consagrados a Cristo Jesús con una vocación santa, y a todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor de ellos y nuestro: ³Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

⁴Siempre doy gracias a mi Dios por ustedes, por la gracia que Dios les ha dado en Cristo Jesús. ⁵En efecto, por él han recibido todas las riquezas, las de la palabra y las del conocimiento. ⁶El testimonio sobre Cristo se ha confirmado en ustedes, ⁷por eso mientras aguardan la manifestación de nuestro Señor Jesu[cristo], no les falta ningún don espiritual. ⁸Él los mantendrá firmes hasta el final para que en el día de nuestro Señor Jesucristo sean irreprochables. ⁹Porque Dios es fiel y Él los llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo Señor nuestro.

Discordias en Corinto²

¹⁰Hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo les ruego que se pongan de acuerdo y que no haya divisiones entre ustedes, sino que vivan en perfecta armonía de pensamiento y opinión.

¹¹Porque me he enterado, hermanos míos, por la familia de Cloe, que existen discordias entre ustedes. ¹²Me refiero a lo que anda diciendo cada uno: yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. ¹³¿Está dividido Cristo? ¿Ha sido crucificado Pablo por ustedes o han sido bautizados invocando el nombre de Pablo?

¹⁴Gracias a Dios no bauticé más que a Crispo y Cayo; ¹⁵así que nadie diga que fue bautizado invocando mi nombre. ¹⁶Bueno, bauticé también a la familia de Esteban; pero, que yo sepa, no bauticé a nadie más. ¹⁷Porque Cristo no me envió a bautizar, sino a anunciar la Buena Noticia, sin elocuencia alguna, para que no pierda su eficacia la cruz de Cristo.

¹ **1,1-9 Saludo y acción de gracias.** La introducción a la carta consta, como de costumbre, de saludo y de acción de gracias. Lo primero que llama la atención en esta breve introducción es la mención del nombre de Jesucristo, nueve veces en nueve versos. Es, pues, esta referencia constante a Jesús la que califica al que escribe la carta, a los destinatarios, y al contenido de la misma.

Pablo necesita, ya de entrada, presentar sus credenciales como «llamado por voluntad de Dios a ser apóstol de Cristo Jesús» (1). Su autoridad había sido cuestionada entre los corintios y el Apóstol tendrá que acreditarla.

El Apóstol se dirige después a los destinatarios como a la «Iglesia de Dios de Corinto» (2). La intención es clara: los corintios no están solos, son miembros de la gran asamblea convocada por Dios a la que pertenecen todos los hombres y mujeres de cualquier raza o nación que han sido «consagrados a Cristo Jesús con una vocación santa» (2) y que, por tanto, invocan el nombre de Jesús sea donde sea.

Es interesante resaltar el altísimo concepto que Pablo tiene de los cristianos. Naturalmente, el Apóstol no los canoniza, como después se verá cuando ponga el dedo en la llaga y denuncie los problemas concretos de aquella comunidad de Corinto. Pablo se refiere a la acción salvadora de Dios por medio de Jesús que se derramó gratuitamente sobre aquellos hombres y mujeres, como también sobre nosotros, elevándolos a la dignidad de hijos e hijas de Dios. Este don gratuito de Dios, sin embargo, no es estático, sino dinámico. Pablo lo llama «vocación santa» (2). En nuestro lenguaje de hoy diríamos que se trata de la «misión» de todo cristiano y cristiana, recibida en el bautismo, de transformar el mundo en que vivimos haciéndolo más justo y equitativo, menos pobre y corrupto, más ecológico y pacífico. Es decir, la misión de construir, ya ahora, el reino de Dios. Ser hijos e hijas de Dios es lo mismo que ser misioneros y misioneras de su reino. Para realizar esta labor no estamos con las manos vacías. Dios nos regala dones, aptitudes y carismas. Pablo reconoce esta realidad en la comunidad de Corinto. Se congratula por ello y les anima a seguir fieles dando testimonio y confiando en la fidelidad de Dios que completará lo comenzado.

Entre los dones que la comunidad ha recibido, Pablo menciona la elocuencia y la sabiduría, cualidades muy estimadas en el mundo griego; al valorarlas positivamente, el Apóstol se gana la benevolencia de sus lectores. Estos carismas tienen una función en el presente, pero están orientados a la manifestación última de Jesucristo, cuando llegue «su día». Al escribir la carta, Pablo estaba convencido de que la segunda y definitiva venida del Señor era inminente.

² **1,10-17 Discordias en Corinto.** Después de esta introducción densa y programática, Pablo va enseguida al grano, es decir, al problema fundamental de la comunidad de Corinto: las divisiones y las rivalidades, pecados constantes de la Iglesia de Dios de todos los tiempos.

La exhortación a la unidad es solemne y enérgica, hecha en nombre de Jesús y apelando a sus títulos de Cristo y Señor. Pablo no entra ahora en detalles sobre las divisiones y rivalidades pero, por el tenor de toda la carta, la alusión es clara: la discriminación y las diferencias entre cristianos ricos –algunos– y pobres –la mayoría–; esclavos y libres; mujeres y hombres; cultos –algunos– y sin estudios –la mayoría–; carismáticos y conservadores; judíos y griegos; pecadores públicos y personas honestas.

De todo esto había en aquella comunidad cristiana tan compleja, conflictiva, cosmopolita y pluralista de Corinto, reflejo casi exacto de muchas de nuestras comunidades de hoy. Es posible que cada grupo se identificara con un personaje de la Iglesia como Pablo, Cefas o Apolo sin que estos personajes fueran en realidad los jefes de fila de los diversos bandos.

Ante situación tan compleja, el Apóstol lanza, de momento, una poderosa llamada de atención a la conciencia de todos en favor de la concordia, que termina con preguntas tan incisivas como éstas: «¿Está dividido Cristo? ¿Ha sido crucificado Pablo por ustedes?» (13). Cristo y la Iglesia se identifican de tal modo (cfr. 12,27) que las divisiones en la Iglesia son tan absurdas como si Cristo estuviese dividido.

El mensaje de la cruz³

¹⁸Porque el mensaje de la cruz es locura para los que se pierden; pero para los que nos salvaremos es fuerza de Dios. ¹⁹Como está escrito:

*Acabará
con la sabiduría de los sabios
y confundirá
la inteligencia de los inteligentes.*

²⁰¿Dónde hay un sabio, dónde un letrado, dónde un investigador de este mundo? ¿Acaso no ha demostrado Dios que la sabiduría del mundo es una locura? ²¹Como el mundo con su sabiduría no reconoció a Dios en las obras que manifiestan su sabiduría, dispuso Dios salvar a los creyentes por la locura de la cruz. ²²Porque los judíos piden milagros, los griegos buscan sabiduría, ²³mientras que nosotros anunciamos un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos; ²⁴pero para los llamados, tanto judíos como griegos, un Cristo que es fuerza y sabiduría de Dios. ²⁵Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad de Dios más fuerte que la fortaleza de los hombres.

²⁶Miren, hermanos, quiénes han sido llamados: entre ustedes no hay muchos sabios humanamente hablando, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; ²⁷por el contrario, Dios ha elegido los locos del mundo para humillar a los sabios, Dios ha elegido a los débiles del mundo para humillar a los fuertes, ²⁸Dios ha elegido a gente sin importancia, a los despreciados del mundo y a los que no valen nada, para anular a los que valen algo. ²⁹Y así nadie podrá gloriarse frente a Dios.

³⁰Gracias a Él ustedes son de Cristo Jesús, que se ha convertido para ustedes en sabiduría de Dios y justicia, en consagración y redención.

³¹Así se cumple lo escrito:

*El que se gloría
que se gloríe en el Señor.*

Sabiduría superior⁴

2¹Cuando llegué a ustedes, hermanos, para anunciarles el misterio de Dios no me presenté con gran elocuencia y sabiduría; ²al contrario decidí no saber de otra cosa que de Jesucristo, y éste crucificado. ³Débil y temblando de miedo me presenté ante ustedes; ⁴mi mensaje y mi

³ **1,18-31 El mensaje de la cruz.** Entramos en la sección más importante de la carta donde Pablo, quien antes nos ha dicho que su misión principal es evangelizar, nos va a comunicar en qué consiste su evangelio, el mensaje que anuncia como embajador de Cristo. No es exagerado afirmar que estamos ante uno de los textos claves de todo el Nuevo Testamento, que ya en adelante va a legitimar o desacreditar todo lo que pensemos, escribamos, hablemos o practiquemos en nombre de Dios a lo largo de la historia. Su mensaje es la cruz de Jesús.

A través de una serie de contrastes audaces y contundentes, Pablo nos acerca al misterio de Cristo crucificado: es un «escándalo», dice, para los judíos que esperan a un Cristo triunfador. Es una «locura», añade, para los griegos que buscan y se apoyan en la razón y la sabiduría. El misterio de la cruz sólo puede expresarse ante los ojos de la sabiduría y razón humanas como «locura y debilidad de Dios», y precisamente por eso, es «fuerza y sabiduría de Dios» (24) para los creyentes.

Pablo ciertamente no es un fanático anti-intelectual que desprecia la razón, la ciencia o el progreso. A lo que el Apóstol se opone decididamente es a todo proyecto humano de la índole que sea –incluso religiosa– que, dejando de lado al Dios que se revela en la cruz de Jesús, termina siempre por construir una sociedad basada en la injusticia, la discriminación, la opresión y la violencia.

Esta paradoja, la fuerza de la debilidad de Dios, se prolonga y manifiesta en la comunidad de Corinto, compuesta de gente socialmente sin importancia (cfr. Sant 2,5; Mt 11,25). No abundan los intelectuales, los ricos, los poderosos, la nobleza. Como en otro tiempo a unos esclavos en Egipto (cfr. Dt 7,7s; Is 49,7), así ahora elige a gente sin estudios, sin influjos y sin títulos.

Es interesante resaltar la insistencia de Pablo en poner de relieve en estos versículos (26-29), por una parte, la iniciativa de la elección de Dios, repitiendo cuatro veces el término «elegir» o «llamar», y por otra, la condición social de los destinatarios de su elección: los locos del mundo, los débiles, los plebeyos, los despreciados, los que nada son. Ellos serán, sigue afirmando Pablo, los que humillarán –lo dice dos veces– a los sabios y poderosos y anularán a los que se creen que son algo.

Esta iniciativa de salvación de Dios, absolutamente sorprendente, se hace realidad en Jesús que comunica a los suyos, los débiles de este mundo, la sabiduría, la justicia, la consagración y el rescate. Estas expresiones densas de teología paulina, podrían resumirse en una palabra: «liberación», comenzando ya aquí y ahora.

En definitiva, Pablo no hace sino presentar a los corintios –y a nosotros– el proyecto que Jesús anunció en la sinagoga de Nazaret (cfr. Lc 4,14-21).

Pablo escribe con la pasión y la lúcida percepción de quien ha comprendido la esencia del Evangelio, es decir, la «memoria» de Jesús, que el Apóstol quiere dejar clara para la Iglesia de Corinto y para quienes leemos hoy su carta.

⁴ **2,1-9 Sabiduría superior.** Pablo tiene una idea casi obsesiva: la elección gratuita de los corintios por parte de Dios. Vuelve pues, a la carga, insistiendo en cómo se presentó ante ellos sin prestigio ni sabiduría humana convincente y persuasiva, sino débil y temblando de miedo. Su saber y sus credenciales eran solamente Jesús, y éste crucificado. Pablo, por tanto, no fue el trasmisor de ningún conocimiento humano superior. Su fuerza persuasiva procede del Espíritu y es el Espíritu el que dio a los corintios la sabiduría misteriosa de Dios. Para acercarse a este misterio, el Apóstol recurre a Is 64,3: «ningún ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana concibió...» completando las palabras del profeta con este final suyo: «lo que Dios preparó para quienes lo aman» (9).

¿Hay mejor manera de describir la experiencia de Dios que sigue fascinando a los hombres y mujeres de hoy, a quienes el Espíritu del Crucificado ha salido al encuentro?

proclamación no se apoyaban en [palabras] sabias y persuasivas, sino en la demostración del poder del Espíritu, ⁵para que la fe de ustedes no se fundase en la sabiduría humana, sino en el poder divino.

⁶A los maduros en la fe les proponemos una sabiduría: no sabiduría de este mundo o de los jefes de este mundo, que van siendo derribados. ⁷Proponemos la sabiduría de Dios, misteriosa y secreta, la que Él preparó desde antiguo para nuestra gloria. ⁸Ningún príncipe de este mundo la conoció: porque de haberla conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria. ⁹Pero, como está escrito: *Ningún ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana concibió*, lo que Dios preparó para quienes lo aman.

Revelada por el Espíritu⁵

¹⁰A nosotros nos lo ha revelado Dios por medio del Espíritu; porque el Espíritu lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios.

¹¹¿Quién puede conocer lo más íntimo del hombre sino el espíritu humano dentro de él? Del mismo modo nadie conoce lo propio de Dios si no es el Espíritu de Dios. ¹²Ahora bien, nosotros hemos recibido no el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, que nos hace comprender los dones que Dios nos ha dado.

¹³Exponemos esto no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino enseñadas por el Espíritu, explicando las cosas espirituales en términos espirituales. ¹⁴El hombre puramente natural no acepta lo que procede del Espíritu de Dios, porque le parece una locura; y tampoco puede entenderlo, porque para eso se necesita un criterio espiritual. ¹⁵En cambio el hombre espiritual puede juzgarlo todo y a él nadie lo puede juzgar. ¹⁶Porque, *¿quién conoce la mente del Señor para darle lecciones?* Pero nosotros poseemos el pensamiento de Cristo.

⁵ **2,10-16 Revelada por el Espíritu.** Pablo continúa ahondando en el tema con una comparación. Viene a decir lo siguiente: nadie conoce en profundidad a otra persona si ésta no revela su propia intimidad. La intimidad secreta de una persona la conoce únicamente la persona misma (cfr. Prov 14,10; 20,27) y sólo ésta puede comunicarla. Para que se realice esta comunicación debe existir sintonía entre la persona que abre las puertas de su intimidad y la persona que es invitada a entrar en este misterio humano ofrecido. De modo semejante, dice Pablo, sólo el Espíritu conoce la intimidad de Dios y a Él toca revelarlo y hacerlo comprender.

A Pablo, como intermediario, le toca comunicar oportunamente a otros lo que él ha recibido por revelación. Por su parte, los corintios tienen que sintonizar con el Espíritu para que la comunicación se realice. Esta sintonía, para el Apóstol, es poseer «el pensamiento de Cristo» (16). Sin esta sintonía y horizonte cristiano, todo lo que provenga del Espíritu aparecerá como una incomprensible locura.

¿No es locura toda la vida de Jesús, su opción por los pobres y marginados, el perdón ofrecido a sus enemigos, su misma muerte en la cruz? ¿No han sido tachados de locos, utópicos e idealistas todos los hombres y mujeres que han intentado e intentan seguir a Jesús hasta sus más radicales consecuencias? Pablo insiste una y otra vez en el protagonismo del Espíritu de Cristo como revelador del misterio de Dios.

Inmadurez de los corintios⁶

3¹Yo, hermanos, no pude hablarles como a hombres espirituales, sino como a hombres simples, como a niños en la vida cristiana. ²Les di de beber leche y no alimento sólido, porque aún no podían tolerarlo; como tampoco ahora, ³dado que aún los guía el instinto.

Si entre ustedes hay envidias y discordias, ¿no indican que todavía se dejan guiar por el instinto y por criterios humanos en su conducta? ⁴Cuando uno dice: yo soy de Pablo, y otro: yo soy de Apolo, ¿acaso no se comportan como cualquier hombre? ⁵¿Quién es Apolo?, ¿quién es Pablo? Ministros de la fe, cada uno según el don de Dios.

⁶Yo planté, Apolo regó, pero era Dios quien hacía crecer. ⁷De manera que ni el que planta ni el que riega son nada, sino Dios que hace crecer. ⁸El que planta y el que riega trabajan en lo mismo; cada uno recibirá su salario según su trabajo. ⁹Nosotros somos colaboradores de Dios, y ustedes son el campo de Dios, el edificio de Dios.

¹⁰Según el don que Dios me ha dado, como arquitecto experto puse el cimiento; otro sigue construyendo. Que cada uno se fije en cómo construye. ¹¹Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo. ¹²Sobre ese cimiento uno coloca oro, otro plata, piedras preciosas, madera, hierba, paja. ¹³La obra de cada uno se verá claramente en el día del juicio porque ese día vendrá con fuego, y el fuego probará la calidad de la obra de cada uno.

¹⁴Si la obra que construyó resiste, recibirá su salario. ¹⁵Si la obra se quema, será castigado, aunque se salvará como quien escapa del fuego.

¹⁶¿No saben que son santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? ¹⁷Si alguien destruye el santuario de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el santuario de Dios, que son ustedes, es sagrado.

¹⁸Que nadie se engañe: si uno se considera sabio en las cosas de este mundo, vuélvase loco para llegar a sabio; ¹⁹porque la sabiduría de este mundo es locura para Dios, como está escrito: *Él sorprende a los sabios con su misma astucia*, ²⁰y también: *El Señor conoce los razonamientos de los sabios y sabe que son vanos*.

²¹En consecuencia que nadie se gloríe de los hombres. Todo es de ustedes; ²²Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida y la muerte, el presente y el futuro. Todo es de ustedes, ²³ustedes son de Cristo, Cristo es de Dios.

⁶ **3,1-23 Inmadurez de los corintios.** Después de dejar sentados los grandes principios cristianos sobre los que se debe construir toda comunidad de creyentes, Pablo ataca los problemas concretos de sus queridos corintios, motivo por el cual les dirigió esta carta desde Éfeso, a donde le habían llegado malas noticias de ellos. Dejando los demás asuntos para después, el Apóstol comienza por el problema principal: las envidias y las discordias que tenían dividida a aquella comunidad en bandos (4).

En primer lugar, el Apóstol trata de comprenderlos y en cierta manera de excusarlos. Dice que al principio sólo pudo hablarles como a niños en la vida cristiana y por tanto darles sólo leche y no el alimento sólido que no hubieran podido digerir.

Esta inmadurez, sin embargo, ¿no duraba ya demasiado? A continuación Pablo se lanza a dismantelar los bandos basados en el culto a la personalidad: «¿Quién es Apolo?, ¿quién es Pablo?» (5). Para ello utiliza dos bellísimas imágenes sobre la comunidad cristiana, símbolo de toda la comunidad humana, sacadas de la tradición bíblica. La primera: «Ustedes son el campo de Dios, el edificio de Dios» (9). Los ministros y servidores de la fe no son dueños de la comunidad. Ellos plantan, riegan, construyen, edifican, es decir, «somos colaboradores de Dios» (9), pero sólo Dios hace crecer, y «nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo» (11), cfr. Ef 2,20-22. La segunda: «¿No saben que son santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?» (16). En el santuario de Jerusalén residía la Gloria de Dios. Era una institución venerada y respetada (cfr. Jr 7 y 26; Mt 21,12-16). El nuevo santuario de Dios no es un recinto, viene a decir Pablo. No está hecho de piedra sino de vida, y son todos los hombres y mujeres de este mundo, sin distinción de religión, raza o nación. Este santuario es sagrado. En él habita Dios. Nadie ha dicho algo tan sublime sobre la dignidad de la persona humana. Y nadie ha sido tan radical y contundente en condenar a todos aquellos o aquellas que destruyan, abusen, discriminen, menosprecien o se olviden de este santuario de Dios: «Dios los destruirá porque el santuario de Dios que son ustedes, es sagrado» (17).

Estas palabras revolucionarias de Pablo deben seguir inquietando y cuestionando a nuestras comunidades cristianas de hoy. El lugar «privilegiado» para dar culto a Dios no son ya iglesias, santuarios, centros de peregrinaciones o el lugar favorito de las devociones de cada uno, sino «las personas», especialmente aquellas que son los santuarios profanados de Dios: los pobres, los marginados, los hambrientos, los emigrantes, los niños de la calle y ese largo etcétera de la miseria humana. Si no descubrimos y damos culto al Dios que habita en ellos, no lo encontraremos en las iglesias o santuarios, pues los habremos llenado de ídolos y dioses falsos.

Éste es el horizonte espiritual, «la mentalidad de Cristo» que abre Pablo tanto a los corintios como a nosotros y nosotras. Todo lo que se desvía de este horizonte cristiano es «sabiduría de este mundo», «locura para Dios».

Los ojos iluminados de Pablo nos ofrecen un grandioso final: «Todo es de ustedes, ustedes son de Cristo, Cristo es de Dios» (22s).

El Apóstol remata esta parte de la carta volviendo al tema del principio: no pertenecen a Pablo o a Apolo o a Cefas, viene a decir. Al contrario, ellos les pertenecen a ustedes como ministros y colaboradores de Dios al servicio de la comunidad. O lo que es lo mismo, no son los cristianos los que están al servicio de la institución o de la jerarquía de la Iglesia por más alta que ésta sea o de cualquier movimiento eclesial de turno. Al revés. No podemos enajenar nuestra libertad de pensar y de actuar ni nuestra conciencia en una obediencia servil a nuestros líderes, ni éstos pueden imponernos el silencio, siempre que nos movamos dentro de la tradición apostólica.

Pero, ¡atención!, añade Pablo, tampoco ustedes son el centro. Es decir, la comunidad cristiana no es una democracia independiente, libre y soberana, dueña de su propio destino. El centro de la comunidad es Cristo, de la misma manera que Cristo hizo del reino de Dios el centro de su vida y su misión.

Ministros de Cristo⁷

4 ¹Que la gente nos considere como servidores de Cristo y administradores de los secretos de Dios.

²Ahora bien, a un administrador se le exige que sea fiel. ³A mí poco me importa ser juzgado por ustedes o por un tribunal humano; ni yo mismo me juzgo. ⁴Mi conciencia nada me reprocha, pero no por ello me siento sin culpa; quien me juzga es el Señor. ⁵Por tanto, no juzguen antes de tiempo; esperen la llegada del Señor, él iluminará lo que está oculto en las tinieblas y pondrá al descubierto las intenciones del corazón. Entonces cada uno recibirá su calificación de Dios.

⁶Hermanos, les puse mi ejemplo y el de Apolo, para que aprendan de nosotros aquel dicho: no salirse de lo escrito, y así nadie tome partido orgullosamente a favor de uno y en contra de otro.

⁷¿Quién te declara superior? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?

⁸¡Ahora están satisfechos!, ¡ya se han enriquecido! ¡Sin nosotros son reyes! ¡Ojalá ya reinaran, para reinar nosotros con ustedes. ⁹Pero pienso que a nosotros los apóstoles Dios nos ha puesto en el último lugar, como condenados a muerte, y hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y los hombres.

¹⁰Nosotros por Cristo somos locos, ustedes por Cristo prudentes; nosotros débiles, ustedes fuertes; ustedes estimados, nosotros despreciados. ¹¹Hasta el momento presente pasamos hambre y sed, vamos medio desnudos, nos tratan a golpes, no tenemos domicilio fijo, ¹²nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Somos insultados y bendecimos, somos perseguidos y resistimos, ¹³somos calumniados y consolamos a los demás. Somos la basura del mundo, el desecho de todos hasta ahora.

¹⁴No les escribo esto para avergonzarlos, sino quiero corregirlos como a hijos queridos.

¹⁵Porque aunque como cristianos tengan diez mil instructores, no tienen muchos padres. Yo los engendré para Cristo cuando les anuncié la Buena Noticia. ¹⁶Por lo tanto les ruego que sigan mi ejemplo.

¹⁷Por esta razón les envié a Timoteo, hijo mío querido y fiel al Señor; para que les recuerde mis principios cristianos, tal como los enseñé por toda la Iglesia. ¹⁸Algunos, pensando que no iría a verlos, se han hinchado de orgullo; ¹⁹pero los visitaré pronto, si Dios quiere, y entonces mediré, no las palabras de los orgullosos, sino sus acciones. ²⁰Porque el reino de Dios no es de palabras, sino de obras. ²¹¿Qué eligen?, ¿que vaya con la vara o con amor y mansedumbre?

⁷ **4,1-21 Ministros de Cristo.** Pablo entra ahora en el terreno personal. Responde a las críticas de los corintios con toda la riqueza de su carácter fuerte y pasional. He aquí a un Pablo duro y a la vez afectivo, irónico y mordaz, herido pero sin rencor y, sobre todo, sincero.

¿Era considerado por la pequeña élite de los corintios como un judeo-cristiano muy por debajo del prestigio intelectual de Apolo? ¿Existían otros rumores o críticas?

El Apóstol, se defiende, por supuesto. Conoce la mediocridad y la falta de inteligencia de sus adversarios, pero acepta que se burlen de él.

Comienza diciendo que lo importante es que la gente lo considere a él y a sus compañeros como «servidores de Cristo y administradores de los secretos de Dios» (1), y que lo principal para un administrador es que sea fiel (2). Ni más ni menos.

Añade a continuación que le importan muy poco las críticas y que ni él se juzga a sí mismo. El juicio lo deja para Dios. Por otra parte, nada le reprocha la conciencia, aunque está dispuesto a admitir sus fallos.

Se lanza después a una larga y apasionada confesión de lo que ha significado y significa ser servidores de Dios y fieles a la misión encomendada: ser exhibidos como los últimos, como condenados a muerte, como espectáculo de burla, como locos; padecer hambre y sed; ir medio desnudos; ser despreciados; vagar a la aventura; recibir golpes; fatigas; trabajo físico; calumnias; insultos; persecuciones.

El final es conmovedor: «somos la basura del mundo, el desecho de todos hasta ahora» (13). A todo esto, los misioneros del Evangelio responden con la actitud de Cristo: «bendecimos... resistimos... consolamos» (12s).

El contrapunto de esta letanía de sufrimientos lo pone la actitud autosuficiente de los corintios a la que alude Pablo con mordacidad e ironía: se creen prudentes, fuertes, estimados.

Ya antes les había reprochado su complejo de superioridad, estar saciados de vanagloria como si fuera suyo lo recibido gratuitamente de Dios, como si estuvieran ya reinando y no caminando todavía bajo el signo de la cruz de Cristo.

Al final reaparece el Pablo afectuoso, el padre que amonesta a sus hijos queridos a los que ha engendrado para Cristo.

Les promete una visita y esta vez se presentará a ellos, no temblando y lleno de miedo como en la primera vez, sino con el ejemplo de su vida que procede de la fuerza del Evangelio.

El incestuoso⁸

(Dt 27,20; Lv 18,8; 20,11)

5¹Hemos oído decir que entre ustedes hay un caso de inmoralidad que no se da ni entre los paganos: uno convive con la mujer de su padre.

²Y mientras tanto ustedes se sienten orgullosos, en vez de estar de duelo, para que el que cometió esa acción sea expulsado de la comunidad.

³Yo, por mi parte, aunque estoy ausente corporalmente, pero presente en espíritu, ya tengo sentenciado, como si estuviera presente, al que comete tal delito: ⁴reunidos en nombre de nuestro Señor Jesús ustedes con mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús, ⁵entreguen a ese individuo a Satanás para mortificar su sensualidad, de modo que el espíritu se salve el día del Señor Jesús.

⁶El orgullo de ustedes no es razonable. ¿No saben que con un poco de levadura fermenta toda la masa? ⁷Despójense de la levadura vieja para ser una masa nueva, porque ustedes mismos son los panes sin levadura, ya que nuestra víctima pascual, Cristo, ha sido inmolado. ⁸Por consiguiente, celebremos la Pascua no con vieja levadura, levadura de maldad y perversidad, sino con los panes sin levadura de la sinceridad y la verdad.

⁹Ya les escribí en mi otra carta que no se juntaran con gente inmoral.

¹⁰No me refería en general a gente inmoral de este mundo, a los avaros, explotadores e idólatras. De ser así, ustedes tendrían que haber salido del mundo.

¹¹Concretamente les escribí que no se juntaran con aquellos que haciéndose llamar hermanos son inmorales, avaros, explotadores, idólatras, difamadores o borrachos. Con ellos, ¡ni coman!

¹²Acaso, ¿me toca a mí juzgar a los de fuera? Juzguen ustedes a los que están dentro. ¹³A los de fuera los juzgará Dios. *Expulsen al malvado de entre ustedes.*

⁸ **5,1-13 El incestuoso.** En clara oposición a la conducta autosuficiente de los corintios, Pablo va a denunciar un caso de incesto, una vergüenza que precipita la fermentación del mal en la comunidad entera como la levadura en la masa. El Apóstol propone una reunión de la comunidad en el nombre del Señor Jesús, para decidir qué hacer con el incestuoso. Aunque ausente corporalmente, el Apóstol declara ya su voto: que «entreguen ese individuo a Satanás» (5).

La expresión nos puede parecer excesivamente dura. Probablemente se trata de un modo de hablar de excomunión. De todas formas, el castigo es medicinal y caritativo: para que «se salve el día del Señor Jesús» (5). Otro caso de excomunión se encuentra en la correspondencia de Pablo con la misma comunidad de Corinto (cfr. 2 Cor 2,5-11). El castigo surte efecto y Pablo mismo recomienda que el hermano sea readmitido en la comunidad.

El Apóstol aprovecha el caso para recordarles lo que ya les había escrito en una carta anterior que no se ha conservado, donde puntualiza las normas de comportamiento y trato con los gentiles.

El contexto socio-cultural de Corinto, una de las ciudades más corrompidas del imperio romano, planteaba a aquellos cristianos un serio problema de convivencia con los de fuera de la comunidad. Pablo hace una distinción. Con los inmorales, explotadores, avaros e idólatras «no cristianos», les dice que se comporten con normal convivencia. El cristianismo no es una secta. Sin embargo, con los corrompidos, explotadores y avaros «de dentro» –Pablo viene a decir que sólo son cristianos de nombre–, el Apóstol es taxativo y duro: «Con ellos, ¡ni coman!» (11).

¿Medida extrema de protección para una comunidad que vivía continuamente expuesta a la decadencia y corrupción ambiental?

Aunque expresado en forma negativa, Pablo está refiriéndose al sentido de identidad que debe tener una comunidad de creyentes, a los lazos de unión, de corrección fraterna, de mutua solidaridad y de radicalidad en el seguimiento de Jesús que, al mismo tiempo que protege a sus miembros, les capacita para ofrecer a los de afuera su testimonio cristiano.

Un cristiano o cristiana sin un sentido fuerte de pertenencia a la comunidad es casi imposible que se mantenga como tal en el tipo de sociedad en que vivimos. Esto es lo que viene a decir Pablo a los creyentes de hoy. La descristianización reciente de muchas zonas del mapa tradicional cristiano ha comenzado justamente con la pérdida de identidad comunitaria.

Pleitos entre cristianos⁹

6¹ Cuando uno de ustedes tiene un pleito con otro, ¿cómo se atreve a pedir justicia ante los tribunales paganos en lugar de someterse al juicio de los consagrados? ² ¿No saben que los consagrados juzgarán al mundo? Y si ustedes van a juzgar al mundo, ¿no les parece que son competentes en asuntos de poca importancia? ³ ¿No saben que juzgaremos a los ángeles? Cuánto más, entonces podemos juzgar asuntos de la vida ordinaria.

⁴ Si tienen litigios ordinarios, ¿cómo nombran jueces gente que nada significa para la Iglesia? ⁵ Lo digo para que se avergüencen. ¿O sea que entre ustedes no hay ningún experto que pueda hacer de árbitro entre hermanos?

⁶ Al contrario, un hermano pleitea con otro y lo hace en tribunales de no creyentes. ⁷ Ya es bastante desgracia que tengan pleitos entre ustedes.

¿Acaso no sería mejor sufrir la injusticia? ¿O dejarse robar? ⁸ Pero no, ustedes mismos son los que perjudican y roban a sus hermanos.

⁹ ¿No saben que los injustos no heredarán el reino de Dios? No sigan engañándose: ni inmorales ni idólatras ni adúlteros ni afeminados ni homosexuales ¹⁰ ni ladrones ni avaros ni borrachos ni calumniadores ni explotadores heredarán el reino de Dios.

¹¹ Algunos de ustedes fueron de éstos; pero han sido purificados y consagrados y absueltos por la invocación del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios.

Libertad cristiana y fornicación¹⁰

¹²—Todo me está permitido, dicen. Pero no todo conviene. Todo me está permitido, pero no me dejaré someter por nada. ¹³ Los alimentos para el vientre y el vientre para los alimentos, dicen, y Dios acabará con ambos. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. ¹⁴ Y Dios, que resucitó al Señor, los resucitará también a ustedes con su poder.

¹⁵ ¿No saben que sus cuerpos son miembros de Cristo? Y, ¿voy a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? ¡De ningún modo! ¹⁶ O ¿no saben que quien se une a una prostituta se hace un cuerpo con ella? Porque dice la Escritura *que formarán los dos una sola carne*. ¹⁷ Pero el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él. ¹⁸ Apártense de la

⁹ **6,1-11 Pleitos entre cristianos.** Es justamente la baja calidad de la vida comunitaria de los corintios lo que ataca Pablo en este caso. No existe el diálogo ni la caridad. A los «bandos» de que ha hablado antes se añade ahora la desgracia de los pleitos, con el agravante de que los asuntos de familia se exponen y someten ahora a los de fuera.

El Apóstol propone un mandato y un consejo. El mandato es resolver los pleitos dentro de la comunidad, sometiéndolos a árbitros cualificados, capaces de juzgar con sentido y justicia cristiana. Hay que lavar los trapos sucios dentro de casa, viene a decir. El consejo parece más fuerte aún que el mandato. Pablo pide a los demandantes cristianos ante los tribunales civiles ceder los propios derechos por el bien de la paz, que es el triunfo de la caridad sobre la legalidad. Este consejo actualiza el de Jesús en el sermón del monte (cfr. Mt 5,38-40). Es más, Pablo cuestiona el derecho que tienen a sentirse ofendidos por algún robo o delito contra la propiedad, que es lo que parece que estaba en litigio. Los demandantes son probablemente los ricos de la comunidad, los únicos con la capacidad económica y legal de pleitear ante los tribunales del Imperio. Al fin y al cabo, viene a decirles Pablo, ¿no son sus riquezas fruto del despojo a hermanos suyos? Termina este asunto de los pleitos con una llamada de atención a los ricos y poderosos para que se rijan por la justicia del Evangelio: «¿no saben que los injustos no heredarán el reino de Dios?» (9).

A continuación, Pablo completa la serie de conductas negativas que ya había iniciado en 5,11, aludiendo a los fornicadores, idólatras, adúlteros, etc. Ellos tampoco heredarán el reino de Dios. El motivo lo deja para el final, donde con tres términos de gran contenido teológico describe el milagro acontecido en los creyentes de Corinto. Si antes incurrieron en esos vicios, ahora, por el bautismo en el nombre de Jesús «han sido purificados, consagrados y absueltos por la invocación del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios» (11). Estos tres términos aluden a la transformación existencial ocurrida en el bautismo que debe dar a luz a una persona nueva y santa.

¹⁰ **6,12-20 Libertad cristiana y fornicación.** El tema que toca Pablo en este apartado de su carta es de candente actualidad. Lo era entonces y lo sigue siendo hoy: la libertad sexual. En estilo de diatriba, el Apóstol repite y refuta los argumentos de los corintios.

El primer argumento es una burda interpretación de la libertad evangélica a la que Pablo alude con frases como «todo me está permitido» (12). Es probable que algunos de la comunidad se dejaran influir por corrientes del pensamiento gnóstico griego, muy en boga en aquellos días, según las cuales lo material (el cuerpo y sus funciones) está separado de lo espiritual y por consiguiente no afecta al espíritu. Así las cosas, lo sexual no estaría condicionado por la nueva realidad cristiana adquirida en el bautismo.

El segundo argumento en apariencia más convincente: la satisfacción o gratificación sexual es tan necesaria y éticamente neutra como el comer. Hoy día lo formularíamos así: el sexo es simplemente una función natural y si se practica entre adultos, sin coacción, libremente, con el mutuo consentimiento de los interesados y sin daño a terceras personas, pertenece al ámbito de lo privado donde nadie tiene el derecho a meterse y menos a moralizar.

Pablo refuta estos argumentos desde la visión de una verdadera antropología cristiana. Se opone frontalmente a una dicotomía de la persona humana entre cuerpo y espíritu y por consiguiente a todo falso espiritualismo que rebaje, desdeñe o menosprecie el cuerpo y por tanto a la sexualidad. La persona humana no «tiene» cuerpo sino que «es» cuerpo.

Ahora bien, el hombre y la mujer enteros, con sus cuerpos, pertenecen al ámbito de la salvación. Por ellos y ellas murió Jesús corporalmente y los cuerpos han de compartir también la gloria del resucitado.

La sexualidad, como parte importante del cuerpo, asciende también al ámbito de la salvación. Somos miembros de Cristo, repite Pablo.

El cuerpo del cristiano —no sólo la comunidad— es signo visible y templo del Espíritu. Nuestra vida moral se juega también en el uso de nuestro cuerpo.

fornicación. Cualquier pecado que el hombre comete queda fuera del cuerpo, pero el que fornicación peca contra su cuerpo.

¹⁹¿No saben que su cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que han recibido de Dios y habita en ustedes? De modo que no se pertenecen a sí mismos, ²⁰sino que han sido comprados a un gran precio, por tanto glorifiquen a Dios con sus cuerpos.

Matrimonio y celibato¹¹

7 ¹En cuanto a las preguntas que me hicieron en su carta contesto: es mejor que el hombre no tenga relaciones con la mujer, ²sin embargo, para evitar la inmoralidad, cada hombre tenga su mujer y cada mujer su marido. ³Cumpla el marido su deber con la mujer y lo mismo la mujer con el marido. ⁴La mujer no es dueña de su cuerpo, sino el marido; lo mismo el marido no es dueño de su cuerpo, sino la mujer.

⁵No se nieguen el uno al otro, si no es de común acuerdo y por un tiempo, para dedicarse a la oración. Después únanse de nuevo no sea que Satanás los tiente aprovechándose de que no pueden contenerse.

⁶Esto lo digo como una concesión, no como obligación, ⁷porque desearía que todos fueran como yo; sólo que cada uno recibe de Dios un don particular, a unos éste, a otros aquél.

⁸A los solteros y a las viudas les digo que es mejor que se queden como yo; ⁹pero si no pueden contenerse, que se casen: más vale casarse que vivir consumido en malos deseos.

¹⁰A los casados les ordeno, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido; ¹¹pero si se separa, que no se case con otro o se reconcilie con el marido, y que el marido no se divorcie de su mujer.

¹²A los demás les digo yo, no el Señor: si un hermano tiene una mujer no cristiana y ella consiente en vivir con él, no debe divorciarse de ella; ¹³si una mujer tiene un marido no cristiano y éste consiente en vivir con ella, no debe divorciarse de él. ¹⁴Pues el marido no cristiano queda consagrado por la mujer y la mujer no cristiana queda consagrada por el marido; de lo contrario los hijos de ustedes serían impuros mientras que ahora están consagrados.

¹⁵Ahora bien, si el esposo o la esposa no cristianos quieren separarse, que se separen: en tal caso, ni el hermano ni la hermana permanecen vinculados. El Señor nos ha llamado para vivir en paz. ¹⁶Tú, mujer, quizás salves a tu marido; tú, hombre, quizás salves a tu mujer.

¹¹ **7,1-16** **Matrimonio y celibato.** Aquí comienza Pablo a responder a las consultas de los corintios. Primero se refiere a los casados (2-7). En el extremo opuesto de los que declaran el «amor libre» se encuentran los que excluyen el matrimonio o las relaciones sexuales dentro de él, de acuerdo con filosofías sectarias de corte ascético. Había de todo en aquella comunidad tan pluralista.

Pablo respalda la pareja. Reconoce, ante todo, la normal inclinación sexual de todo ser humano, también de los creyentes de Corinto, y considera el matrimonio como el cauce concreto de vivir dicha inclinación. Posee como trasfondo el mandato bíblico de dejar la propia familia, vivir con la esposa o el esposo y multiplicarse en los hijos (cfr. Gn 1,28; 2,24). Es claro el reconocimiento por parte de Pablo de la igualdad de los cónyuges en cuanto a sus derechos sobre el otro. La mujer no es mera posesión del marido.

En cuanto a la sexualidad compartida, es taxativo: «no se nieguen el uno del otro si no es de común acuerdo y por un tiempo, para dedicarse a la oración» (5). El Apóstol conoce bien la tradición bíblica que ha cantado y ensalzado con tanto realismo y poesía el goce de la entrega sexual mutua. Pablo acepta, no obstante, ciertos períodos de continencia sexual temporal para dedicarlos a la oración, pero a continuación viene a decir a los casados que no exageren, no sea que el remedio sea peor que la enfermedad.

En resumidas cuentas, el matrimonio para Pablo es un don –carisma– de Dios que lleva consigo una misión fundamental dentro de la sociedad.

Al final de estas consideraciones dirigidas a los casados, el Apóstol deja caer una frase que ha sido manipulada y mal interpretada por muchos: «porque desearía que todos fueran como yo» (7), es decir: célibe, soltero y sin compromiso.

¿Qué intentaba decir Pablo a los corintios? ¿Está proponiendo el celibato como ideal supremo del los que siguen a Jesús? Ciertamente no. Pablo no concibe el celibato como proeza del esfuerzo y control humano sino que, al igual que el matrimonio, se trata de un carisma –su palabra favorita–, un don gratuito de Dios. Entre los diversos dones y carismas que Dios nos da, no hay categorías de inferior y superior. Dicho de otro modo, el religioso o la religiosa que vive su voto de castidad por el reino de Dios no ha sido llamado o llamada a ningún «estado de perfección» (expresión técnica que ha sido ya borrada de la teología de la Vida Consagrada) superior al «estado de casado».

Pablo, pues, se dirige a los solteros y las viudas de la comunidad y viene a decirles que permanezcan como están, es decir célibes, si ése es su carisma. Si no, «más vale casarse que vivir consumidos en malos deseos» (9). Volverá de nuevo sobre el tema del celibato y matrimonio.

Ahora, el Apóstol se dirige otra vez a los casados recordándoles como ley del Señor Jesús (cfr. Mc 10,1-12) la indisolubilidad del matrimonio, al menos como ideal a conseguir. Esta ley del Señor no es absoluta sin más. De hecho, establece a continuación una excepción a la regla en el caso concreto de los matrimonios mixtos tan comunes, al parecer, en la comunidad de Corinto.

Detalla los casos posibles con minuciosidad, refiriéndose al poder de santificación de que son portadores tanto el marido como la esposa cristiana capaz de transformar al cónyuge no cristiano y a los hijos e hijas de ambos, realizando así un matrimonio indisoluble y feliz. Pero si la convivencia es imposible y el cónyuge no cristiano se separa, la parte cristiana queda libre y puede volver a casarse. Aquí radica el llamado «privilegio paulino», reconocido siempre en la Iglesia como caso particular en que puede disolverse el matrimonio.

Sea lo que sea, Pablo concluye que el «Señor nos ha llamado para vivir en paz» (15). He aquí el criterio último del Apóstol para decidir sobre situaciones matrimoniales insostenibles, caigan o no bajo el «privilegio paulino».

En definitiva, la ley de la indisolubilidad matrimonial tendrá que someterse siempre a la ley de la caridad.

No cambiar de condición¹²

¹⁷En cualquier caso, cada uno siga viviendo en la situación que le asignó el Señor, tal como vivía cuando lo llamó Dios. Ésta es mi norma en todas las Iglesias.

¹⁸¿Te llamaron estando circuncidado? No lo disimules. ¿Te llamaron estando sin circuncidar? No te circuncides. ¹⁹Ser circunciso o incircunciso no cuenta; lo que cuenta es cumplir los mandamientos de Dios.

²⁰Cada uno permanezca en el estado en que fue llamado. ²¹¿Te llamaron siendo esclavo? No te importe, aunque si puedes conseguir la libertad, no dejes pasar la oportunidad.

²²El que fue llamado siendo esclavo es hombre libre en el Señor; el que fue llamado por el Señor siendo libre es esclavo de Cristo. ²³Ustedes han sido comprados por Dios a un precio: no sean esclavos de los hombres. ²⁴Cada uno, hermanos, permanezca ante Dios en el estado en que fue llamado.

Matrimonio y virginidad¹³

²⁵Respecto a los que no piensan casarse no tengo órdenes del Señor, pero les doy mi opinión como persona de fiar por la misericordia del Señor.

²⁶Pienso que, teniendo presente los tiempos difíciles en que vivimos, lo mejor es eso, que el hombre se quede como está. ²⁷¿Estás unido a una mujer? No busques separarte. ¿No tienes mujer? No la busques. ²⁸No obstante, si te casas no pecas, y la soltera, si se casa, no peca; pero tendrán problemas en la vida presente, y yo quiero evitárselos.

²⁹En una palabra, hermanos, queda poco tiempo: en adelante los que tengan mujer vivan como si no la tuvieran, ³⁰los que lloran como si no lloraran, los que se alegran como si no se alegraran, los que compran como si no poseyeran, ³¹los que usan del mundo como si no disfrutaran. Porque la apariencia de este mundo se está acabando.

³²Quiero que estén libres de preocupaciones; mientras el soltero se preocupa de los asuntos del Señor y procura agradar al Señor, ³³el casado se preocupa de los asuntos del mundo y procura agradar a su mujer, ³⁴y está dividido.

¹² **7,17-24 No cambiar de condición.** Estos versículos parecen ser una especie de resumen: como regla general, que los casados permanezcan como tales, las viudas como viudas y los solteros en su estado de soltería. Pero Pablo aplica ahora esta regla general a otras situaciones socio-religiosas: el estar circuncidado o no, el ser esclavo o libre.

La llamada de Cristo, viene a decir, no está vinculada a ninguna clase o condición social. Las asume todas y al mismo tiempo las relativiza todas. En un plano superior, la distinción entre esclavo y libre queda invertida con ganancia para ambos; ser cristiano es una «emancipación» para el esclavo (cfr. Gál 5,1). Ser siervo de Cristo es un honor para el libre. Lo importante es pertenecer a Cristo que nos compró a un gran precio, el de su sangre. No obstante, dice Pablo, los esclavos que puedan obtener la libertad, que lo hagan.

¿Se muestra aquí el Apóstol indiferente ante la esclavitud o, en general, ante la situación social de los corintios? Sería injusto achacar esto a Pablo. El horizonte desde el que habla es el de los acontecimientos finales de la historia que ya están llamando a las puertas.

Desde esta perspectiva, lo absolutamente necesario, que es pertenecer a Cristo, relativiza todo lo demás.

¹³ **7,25-40 Matrimonio y virginidad.** Estamos ante un pasaje que ha generado gran diversidad de interpretaciones. Además, algunas palabras de Pablo pueden ser traducidas de diferente manera. La pregunta a la que el Apóstol intenta dar una respuesta sería esta: ¿matrimonio o celibato, qué es lo mejor? La pregunta no se referiría al matrimonio en general, pues ya fue contestada anteriormente. Parece ser que los que proponían esta cuestión eran jóvenes solteros de ambos sexos –no muchos, seguramente– quienes ante el ejemplo del celibato de Pablo estaban ponderando adoptar esa posible opción de vida. ¿Se trataba de jóvenes que se habían comprometido más a fondo con la tarea de evangelización en Corinto y a los que Pablo consideraba como colaboradores suyos más directos? Es lo más probable.

El Apóstol parece sentirse como perplejo ante la respuesta que dar. Por eso comienza diciendo que no tiene mandato del Señor sobre el tema. Sólo puede ofrecer un consejo. Eso sí, basado en la experiencia de su misión apostólica y como hombre de fiar que es, por la misericordia de Dios. Más adelante dirá que también él tiene el Espíritu del Señor. Se trata pues de un consejo apostólico orientado a la misión. Supuesta la posible existencia de ese carisma del celibato misionero (7,7) en los jóvenes en cuestión, Pablo les dice que entre dos bienes a elegir, matrimonio y celibato, para ellos es mejor el celibato. Apoya este consejo, en primer lugar, en las tribulaciones que le estaba acarreado su dedicación total al Evangelio y que antes mencionó (4,11-13). ¿Sería compatible esto con la necesarias preocupaciones que exige la vida matrimonial?

Pablo no está negando en absoluto ni relativizando la vocación de los casados a trabajar por el evangelio. Nada más lejos de su intención. El Apóstol se refiere a un carisma nuevo que estaba surgiendo en las comunidades cristianas y, en concreto, también en la de Corinto: la opción por una vida célibe para preocuparse «de los asuntos del Señor para estar consagradas en cuerpo y espíritu» (34). A ese carisma del celibato por el reino de Dios, a imitación de Jesús y de él mismo, quiere darle el Apóstol carta de legitimidad en la Iglesia (cfr. Mt 19,21). Es más, lo cree necesario dentro de la comunidad cristiana, sin comparaciones de superioridad o inferioridad con respecto al matrimonio. El carisma o don vocacional que Dios da a cada persona es el mejor para él o para ella y cada cual tiene derecho a referir las ventajas del camino elegido. Esto es lo que hace el Apóstol aquí, ni más ni menos.

De todas formas, el horizonte en que se mueve el Apóstol es el futuro reino de Dios que ya ha irrumpido en nuestro presente cotidiano, relativizando y orientando toda situación humana hacia ese «después» que será el destino de todos y de todas. Es desde esta perspectiva desde la que juzga la conducta existencial cristiana en este teatro del mundo: «los que tengan mujer vivan como si no la tuvieran, los que lloran como si no lloraran», etc. (29-31). Nada de desprecio del mundo, sus afanes y sus conquistas, sino orientación de todo a lo único absolutamente necesario: la salvación definitiva. Es justamente ésta la función del carisma del celibato por el reino de Dios: ser parábola y símbolo ya ahora, para la Iglesia y para el mundo, de las realidades futuras.

La mujer soltera y la virgen se preocupan de los asuntos del Señor para estar consagradas en cuerpo y espíritu. La casada se preocupa de los asuntos del mundo y procura agradar al marido.

³⁵Les he dicho estas cosas para el bien de ustedes, no para ponerles un tropiezo, sino para que su dedicación al Señor sea digna y constante, sin distracciones.

³⁶Si uno siente que se porta incorrectamente con su compañera virgen, que está en edad de casarse, de modo que hay que hacer algo, haga lo que crea conveniente y cásense, que no pecan.

³⁷En cambio, el que decide no casarse con ella, porque se siente interiormente seguro y puede contenerse con pleno dominio de su voluntad, también obra correctamente.

³⁸En conclusión, quien se casa con su compañera virgen hace bien, quien no se casa hace mejor.

³⁹Una mujer está ligada a su marido mientras éste vive; si muere el marido, queda libre para casarse con quien quiera, siempre que aquél sea cristiano. ⁴⁰Pero a mi parecer, será más feliz si no se casa. Y pienso que también yo poseo el Espíritu de Dios.

Víctimas sacrificadas a los ídolos¹⁴

(Rom 14)

8 ¹En cuanto a la carne inmolada a los ídolos, todos tenemos el conocimiento debido, ya lo sabemos, pero el conocimiento llena de orgullo mientras que el amor edifica. ²Si alguien cree conocer algo, aún no lo conoce como se debe conocer. ³En cambio, si uno ama a Dios, es conocido por Dios.

⁴En cuanto a comer carne sacrificada a los ídolos, sabemos que no existen los ídolos del mundo, y que no hay más que un solo Dios. ⁵ Aunque existiesen en el cielo o en la tierra los llamados dioses, y hay muchos dioses y señores de éstos, ⁶para nosotros existe un solo Dios, el Padre, que es principio de todo y fin nuestro, y existe un solo Señor, Jesucristo, por quien todo existe y también nosotros.

⁷Pero no todos poseen este conocimiento. Algunos, acostumbrados a la idolatría, comen la carne como realmente sacrificada a los ídolos, y su conciencia débil se contamina. ⁸No es la comida lo que nos acerca a Dios: nada perdemos si no comemos, nada ganamos si comemos. ⁹Pero, tengan cuidado no sea que esa libertad se convierta en tropiezo para los débiles. ¹⁰Porque si alguien te ve a ti, que sabes cómo se debe obrar, sentado a la mesa en un templo pagano, ¿no se animará su conciencia débil a comer carne sacrificada a los ídolos? ¹¹Y así por tu conocimiento se pierde el débil, un hermano por quien Cristo murió. ¹²De ese modo, pecando contra los hermanos e hiriendo su conciencia débil, pecan contra Cristo.

¹³En conclusión, si un alimento escandaliza a mi hermano, no comeré jamás carne, para no escandalizar al hermano.

¹⁴ **8,1-13 Víctimas sacrificadas a los ídolos.** Pablo se refiere a un caso muy concreto de aquella comunidad que vivía en ambiente pagano: comer o no comer carne que había sido sacrificadas a los ídolos. Este problema nos hará sonreír seguramente a los cristianos de hoy. Sin embargo, como nos tiene ya acostumbrados, Pablo se eleva por encima de lo circunstancial del caso concreto y ofrece a los corintios –y a los lectores y lectoras de hoy– una formidable lección de la dimensión de solidaridad que tiene que tener la libertad cristiana.

Se trataba de la carne que sobraba de banquetes cúltricos y que luego se vendía en el mercado. Naturalmente, el cristiano o la cristiana no participaban en el culto a los ídolos. ¿Podía, sin embargo, comprar la carne en el mercado y comerla? He aquí la cuestión.

Había en la comunidad cristianas y cristianos escrupulosos –el Apóstol los llama de «conciencia débil» (7)–, probablemente recién convertidos del paganismo, que consideraban dicha carne como contaminada ya de idolatría y, por tanto, no la comían escandalizándose de que otros lo hicieran. Es a los otros, a los «liberados», a los que se dirige Pablo. Lo hace en dos planos. El del «conocimiento» o conciencia ilustrada y el de la «caridad».

Dice el conocimiento: sólo existe un solo Dios, por tanto las carnes sacrificadas a los ídolos son como otra carne cualquiera y nada hay de malo en comerla. Dice la caridad: no se puede escandalizar al hermano o a la hermana que tiene la conciencia menos formada o escrupulosa. Provocar la caída del hermano es hacer grave ofensa a Cristo (cfr. Rom 14,15-20). No pretende el Apóstol que dejemos al de conciencia débil en su ignorancia. Todo lo contrario. Sin embargo, es el respeto al débil y al ignorante lo que da a nuestra libertad su calidad de libertad cristiana, es decir, una libertad presidida y regulada por la caridad. En definitiva ésta es la verdadera libertad que nos ha traído Jesús.

El ejemplo de Pablo¹⁵

9 ¹Pero, ¿no soy libre?, ¿no soy apóstol?, ¿no he visto a Jesús Señor nuestro?, ¿no son ustedes mi obra de apóstol al servicio del Señor? ²Si para otros no soy apóstol, para ustedes lo soy. El sello de mi apostolado para el Señor son ustedes.

³Mi defensa ante los que me juzgan es ésta: ⁴¿No tenemos derecho a comer y beber?, ⁵¿no tenemos derecho a hacernos acompañar de una esposa cristiana como los demás apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas?, ⁶¿o somos Bernabé y yo los únicos que no tenemos derecho a dejar de lado otros trabajos? ⁷¿Quién ha servido como soldado pagando sus propios gastos?, ¿quién planta una viña y no come sus frutos?, ¿quién cuida de un rebaño y no se alimenta de su leche? ⁸Mi argumento no es puramente humano, también la ley lo dice; ⁹en la ley de Moisés está escrito:

No pondrás bozal al buey que trilla.

¿Acaso se ocupa Dios de los bueyes?, ¹⁰¿no lo dice más bien para nosotros? Así es, por nosotros está escrito, porque el que ara tiene que arar con esperanza y el trillador, debe hacerlo con la esperanza de cosechar. ¹¹Si nosotros sembramos en ustedes lo espiritual, ¿será excesivo que cosechemos algo material? ¹²Si otros disfrutaban de ese derecho sobre ustedes, ¿por qué no lo vamos a tener nosotros?

Sin embargo, no hicimos uso de tal derecho, antes bien aguantamos todo para no poner obstáculos a la Buena Noticia de Cristo. ¹³¿No saben que los ministros del culto comen de los dones del templo y los que atienden al altar participan de los dones del altar?

¹⁴Del mismo modo el Señor dispuso que los que anuncian la Buena Noticia vivan de su predicación. ¹⁵Pero yo no he usado ninguno de esos derechos, y no lo escribo ahora para que me los reconozcan –¡más me valdría morir!–: nadie me quitará esta gloria.

¹⁶Anunciar la Buena Noticia no es para mí motivo de orgullo, sino una obligación a la que no puedo renunciar. ¡Ay de mí si no anuncio la Buena Noticia! ¹⁷Si lo hiciera por propia iniciativa, recibiría mi salario; pero si no lo hago por propia voluntad, es que me han confiado una administración. ¹⁸¿Cuál será, entonces, mi salario? Anunciar gratuitamente la Buena Noticia sin hacer uso del derecho que su anuncio me confiere.

¹⁹Siendo del todo libre, me hice esclavo de todos para ganar al mayor número posible. ²⁰Con los judíos me hice judío para ganar a los judíos; me sometí a la ley con los que están sometidos a ella, como si yo lo estuviera, aunque no lo estoy, para ganar a los sometidos a la ley. ²¹Con los que no tienen ley, yo, que no rechazo la ley de Dios, porque estoy sometido a la ley de Cristo, me hice como uno de ellos para ganar a los que no tienen ley. ²²Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hice todo a todos para salvar por lo menos a algunos. ²³Y todo lo hago por la Buena Noticia, para participar de ella.

¹⁵ **9,1-27 El ejemplo de Pablo.** Es justamente la defensa de esta libertad que él ejerce lo que hace a Pablo lanzarse a este discurso polémico, apasionado y vehemente. En él se recogen algunas de las expresiones más memorables que hayan salido de la literatura paulina.

Comienza diciendo que es libre y Apóstol como el que más, pues, «¿no he visto a Jesús Señor nuestro?» (1). Prueba de ello: «el sello de mi apostolado para el Señor son ustedes» (2). Enumera después los derechos de los que podría estar disfrutando en su calidad de apóstol y a los que ha renunciado libremente por el bien de la comunidad como comer y beber (4) a expensas de la misma comunidad o ser acompañado en sus correrías apostólicas por «una esposa cristiana como los demás apóstoles» (5), etc.

A Pablo le indigna, sobre todo, que le critiquen el derecho y la libertad de trabajar con sus manos para su propio sustento y no ser gravoso a nadie. Esto del trabajo manual de Pablo, humilde tejedor de tiendas y toldos, no iba muy de acuerdo con la cultura greco-romana que consideraba todo trabajo manual como quehacer de esclavos y por tanto, en este caso, indigno de un Apóstol y fundador de comunidades cristianas.

Pablo es reiterativo, repite una y otra vez con toda una serie de comparaciones y referencias bíblicas que el Apóstol como el soldado, el labrador o el pastor tiene derecho a gozar de los frutos de su trabajo, para terminar enfáticamente: «Pero yo no he usado ninguno de esos derechos» (15). ¿Está pidiendo Pablo el reconocimiento o la admiración de los Corintios? «¡Más me valdría morir!» (15), exclama con orgullo.

A partir de aquí, el Apóstol se remonta a describir el sentido de su misión de anunciar la Buena Noticia con una de las expresiones más fascinantes que han salido de su boca: «¡Ay de mí si no anuncio la Buena Noticia!» (16). Se siente como un profeta, forzado a predicar. Nos recuerda el ejemplo de Jeremías (Jr 15,17); arrollado por el fuego interior del mensaje, «hacia esfuerzos por contenerla y no podía» (Jr 20,9).

Sólo fuertes contrastes de palabras como éstos pueden expresar la nueva realidad existencial con que fue agraciado Pablo en su encuentro con el resucitado en el camino de Damasco, que hizo de él un hombre libre y gozosamente encadenado por Jesús (cfr. Hch 9). Esa fuerza que le encadena desde dentro es el amor, expresión suprema de la libertad.

La «memoria» de este Jesús, grabada en lo más profundo de su ser, le llevará a elegir e identificarse con los débiles y marginados en una vida de continuo riesgo evangélico. En Antioquía (cfr. Gál 2,11-15) se puso de parte de los pagano-cristianos, cuya causa vio amenazada. Ahora en Corinto sale en defensa de los «débiles» judeocristianos. Se siente judío con los judíos, sin ley con los sin ley, débil con los débiles. En una palabra: «Me hice todo a todos para salvar por lo menos a algunos» (22). ¿Qué paga espera Pablo? No otra que participar en la misma Buena Noticia que anuncia.

Termina con una imagen deportiva de carrera y pugilato, sugerida por los «juegos ístmicos» que se celebraban en Corinto, para ilustrar el modo de ser libre que él ha escogido: entrenamiento, disciplina y renuncia para conseguir el premio. Si en el estadio uno solo consigue la medalla deportiva, en el terreno cristiano todos y todas conseguirán el premio con tal de que corran y se esfuercen con perseverancia y tesón.

²⁴¿No saben que en el estadio todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corran entonces para conseguirlo. ²⁵Los que compiten se controlan en todo; y ellos lo hacen para ganar una corona corruptible, nosotros una incorruptible. ²⁶Por mi parte, yo corro, pero no sin conocer el rumbo; lucho, pero no dando golpes al aire. ²⁷Sino que entreno mi cuerpo y lo someto, no sea que, después de predicar a los otros, quede yo descalificado.

Peligro de idolatría¹⁶

10 ¹No quiero que ignoren, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube y atravesaron el mar; ²todos se bautizaron en la nube y el mar uniéndose a Moisés; ³todos comieron el mismo alimento espiritual ⁴y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que les seguía, roca que es Cristo. ⁵Pero la mayoría no agradó a Dios y quedaron tendidos en el desierto. ⁶Esos sucesos nos sirven de ejemplo para que no nos abandonemos a malos deseos como ellos lo hicieron. ⁷No sean idólatras como algunos de ellos, de quienes está escrito:

*Se sentó el pueblo
a comer y beber
y se levantó a danzar.*

⁸No nos abandonemos a la inmoralidad sexual como hicieron algunos de ellos, y en un solo día cayeron veintitrés mil. ⁹No pongamos a prueba al Señor como hicieron algunos de ellos y perecieron mordidos por serpientes. ¹⁰No se rebelen como algunos se rebelaron y perecieron a manos del ángel destructor. ¹¹Todo esto les sucedía a ellos como figura, y se escribió para advertirnos a los que hemos alcanzado la etapa final.

¹²Por consiguiente, quien crea estar firme, tenga cuidado y no caiga. ¹³Ustedes no han tenido hasta ahora ninguna prueba que supere sus fuerzas humanas. Dios es fiel y no permitirá que sean probados por encima de sus fuerzas, al contrario, con la prueba les abrirá una salida para que puedan soportarla.

Comidas idolátricas y libertad cristiana¹⁷

¹⁴Por esto, queridos míos, huyan de la idolatría. ¹⁵Hablo a gente entendida, juzguen por ustedes mismos. ¹⁶La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de

¹⁶ **10,1-13 Peligro de idolatría.** Pablo ilustra la necesidad de perseverar hasta el final, haciendo desfilar ante los ojos de los corintios varios episodios escalonados de los israelitas en el desierto, comentándolos no como un predicador fundamentalista, sino con la libertad de interpretación de la tradición rabínica, para aplicarlos al momento presente de la comunidad.

El tema del Éxodo era uno de los más explotados por dicha tradición en la que se había educado el judío Pablo. Los episodios ejemplares recogidos son: el paso del mar (cfr. Éx 14), el maná (cfr. Éx 16), el agua de la roca (cfr. Nm 20), la cobardía ante el peligro (cfr. Nm 14), el ternero de oro (cfr. Éx 32), la prostitución sagrada (cfr. Nm 25), las serpientes (cfr. Nm 21), la protesta (cfr. Nm 17).

Los israelitas fueron un pueblo favorecido y mimado por Dios, sin embargo muchos de ellos prevaricaron, se prostituyeron, se hicieron idólatras, fornicaron, protestaron, se rebelaron a la hora de la tentación en el desierto. El desierto es la etapa tradicional de «la prueba» (cfr. Éx 16,4; 20,20; Dt 8,2.16) que es parte integrante de la existencia humana y cristiana. En el Padrenuestro pedimos superarla, no eliminarla.

Pablo, simple y llanamente, hace un llamamiento a eliminar de nuestras vidas toda presunción y autosuficiencia. Humilde y a la vez preparado como un atleta, es como el Apóstol quiere ver al cristiano ante la tentación que continuamente ronda nuestras vidas. No estamos, sin embargo, solos o solas ante el peligro: «Dios es fiel y no permitirá que sean probados por encima de sus fuerzas» (13).

¹⁷ **10,14–11,1 Comidas idolátricas y libertad cristiana.** Las tentaciones concretas y algunas de las caídas de los corintios ya han aparecido en la carta. Pablo va a juzgar ahora un caso particular: la participación en los banquetes cúlticos paganos. Ante la posible objeción de que los ídolos son nada y que por tanto esos banquetes son neutros (8,4), Pablo responde con dureza: «no quiero que entren en comunión con los demonios» (20). Esos «demonios», viene a decirles, son hoy los «rivales» de nuestro único Dios, que es un «Dios celoso» (cfr. Éx 20,5; 34,14; Dt 4,24; 5,9; 6,15).

Cometeríamos un error si atribuyéramos a las palabras de Pablo un sentido de condenación o menosprecio de las religiones paganas sin más. Lógicamente, el Apóstol no llama divinidades y demonios a aquellos ídolos de madera o mármol de las ceremonias cúlticas. No era tonto. Pero sabía muy bien que aquellos banquetes no eran inocentes reuniones cívicas o folclóricas a las que un cristiano convencido y «liberado» podía atender sin peligro de su fe. Los «verdaderos demonios» a los que allí se daba culto, simbolizados en las imágenes e ídolos que presidían los banquetes, eran la hegemonía y el poder de la clase dominante que estaban a la base de la ideología política del imperio con sus secuelas de discriminación y explotación.

Los demonios de la injusticia y de la explotación del pobre no conocen fronteras. Se anidan y camuflan en sistemas políticos o económicos, en consejos de administración, incluso en prácticas e ideologías religiosas. Estos «demonios» son los que hacen la competencia y desencadenan los celos de Dios. En resumidas cuentas, Pablo está diciendo a la élite rica y «liberada» de los cristianos de la comunidad que se abstengan de esos banquetes aun a riesgo de perder conexiones, amistades y oportunidades económicas. La razón profunda de este comportamiento cristiano nos la ofrece Pablo presentando la eucaristía, centro y eje de la comunidad de creyentes, como la expresión y afianzamiento de una especie de parentesco «carnal», de misteriosa «consanguinidad» con el Señor. Ahí se efectúa la comunión con Dios y con los hermanos y hermanas. El pan único que comemos lo simboliza y la comida en común lo realiza. «No pueden beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no pueden compartir la mesa del Señor y la mesa de los demonios» (21), concluye Pablo. Sobre este tema volverá después.

Finalmente, retomando el asunto de la libertad (6,12), el Apóstol repite otra vez que la caridad impone un límite a la libertad y que el uso de ésta ha de ser «constructivo». Sólo lo será si damos preferencia al prójimo, especialmente al prójimo necesitado.

Cristo? El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? ¹⁷Uno es el pan y uno es el cuerpo que todos formamos porque todos compartimos el único pan. ¹⁸Miren a los israelitas de raza: los que comen las víctimas sacrificadas, ¿no están en comunión con el altar? ¹⁹¿Qué intento decir? ¿Que la carne sacrificada a los ídolos tiene algún valor o que los ídolos son algo? ²⁰No, en absoluto. Pero, como los sacrificios de los paganos se ofrecen a demonios y no a Dios, no quiero que entren en comunión con los demonios. ²¹No pueden beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no pueden compartir la mesa del Señor y la mesa de los demonios. ²²¿Acaso queremos provocar celos al Señor?, ¿somos acaso, más fuertes que él?

²³Todo está permitido, dicen; pero no todo conviene. Todo está permitido. Pero no todo edifica. ²⁴Nadie busque su interés, sino el del prójimo. ²⁵Coman todo lo que se vende en la carnicería sin hacer problema de conciencia, ²⁶porque *del Señor es la tierra y cuanto contiene*. ²⁷Si un pagano los invita a comer y ustedes aceptan, coman de todo lo que les sirva sin hacer problema de conciencia. ²⁸Pero si alguien les avisa: es carne sacrificada, no coman: en atención al que les avisó y a su conciencia. ²⁹No me refiero a la propia conciencia, sino a la del otro. ¿Cómo?, ¿va a ser juzgada mi libertad por la conciencia ajena? ³⁰Si yo doy gracias a Dios por lo que como, ¿por qué me van a criticar por comerlo? ³¹Entonces, ya coman o beban o hagan lo que sea, háganlo todo para gloria de Dios. ³²No sean motivo de escándalo ni a judíos ni a griegos ni a la Iglesia de Dios. ³³Como yo, que intento agradar a todos, no buscando mi ventaja, sino la de todos, para que se salven.

11 ¹Sigan mi ejemplo como yo sigo el de Cristo.

El velo de las mujeres¹⁸

²Los alabo porque siempre se acuerdan de mí y mantienen mis enseñanzas tal como yo se las transmití. ³Pero quiero que comprendan que Cristo es cabeza de todo varón, el varón es cabeza de la mujer y Dios es cabeza de Cristo.

⁴El varón que reza o profetiza con la cabeza cubierta deshonor su cabeza; ⁵en cambio, la mujer que reza o profetiza con la cabeza descubierta deshonor su cabeza: es lo mismo que si la llevara rapada. ⁶Así que, si una mujer no se cubre, que se rape la cabeza; y si es vergonzoso cortarse el pelo al rape, pues que se cubra.

⁷El varón no tiene que cubrirse la cabeza, siendo imagen de la gloria de Dios; mientras que la mujer es gloria del varón. ⁸Pues no procede el varón de la mujer, sino la mujer del varón. ⁹Y no fue creado el varón para la mujer, sino la mujer para el varón. ¹⁰Por eso debe la mujer llevar en la cabeza la señal de la autoridad, en atención a los ángeles. ¹¹Si bien, para el Señor, no hay mujer sin varón ni varón sin mujer. ¹²Pues si la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer y ambos proceden de Dios.

¹³Juzguen ustedes mismos: ¿es apropiado que una mujer rece a Dios con la cabeza descubierta? ¹⁴¿No les enseña la naturaleza que es una deshonor para el hombre llevar melena, ¹⁵mientras que es honra de la mujer llevarla? Pues la melena se le da a la mujer a manera de velo.

¹⁸ **11,2-16 El velo de las mujeres.** He aquí un problema que nos resulta culturalmente lejano. En la antigüedad, tanto entre los judíos como en el mundo griego, la mujer llevaba pañuelo en la cabeza como signo de pudor. Según Nm 5,18, se priva de dicho pañuelo a la mujer sospechosa de adulterio.

¿Por qué algunas mujeres cristianas de Corinto tomaron la iniciativa de quitarse el velo en las reuniones y asambleas religiosas? Con toda probabilidad fue la nueva libertad de que estaban gozando en las comunidades cristianas de entonces y que el mismo Pablo favorecía y animaba lo que llevó a aquellas mujeres a efectuar este gesto de desafío a las costumbres establecidas. De hecho, las mujeres de las comunidades de Pablo tenían mucha más libertad y protagonismo que nuestras mujeres en las asambleas cristianas de hoy. Dirigían la oración, predicaban, profetizaban y enseñaban. Eran líderes reconocidas y respetadas. Algo totalmente nuevo e inaudito para las costumbres de entonces, incluso para nuestros días. Las cartas del Apóstol están salpicadas de nombres de mujeres líderes y colaboradoras de primera línea en su apostolado.

¿Quisieron expresar, quitándose el velo, su igualdad con los hombres que dirigían la oración y profetizaban a cabeza descubierta? ¿Fueron, quizás, demasiado lejos provocando así la reacción de los elementos conservadores de la comunidad? Así pensaba Pablo y por tanto critica el gesto. Otra cosa son los argumentos de antropología (14) y de Escritura que invoca el Apóstol para reforzar su rechazo, apuntando a la dependencia de la mujer con respecto al hombre y por tanto a cierta inferioridad del sexo femenino.

Aquí Pablo se muestra como lo que era: un hombre de su tiempo, influido por corrientes machistas de interpretación bíblica, muy en boga en ámbitos judíos de entonces y que hoy ciertamente están fuera de lugar. Lo curioso es que «el Pablo cristiano» no parece estar muy convencido de sus propios argumentos, por eso echa marcha atrás en mitad de su reflexión: «Si bien, para el Señor, no hay mujer sin varón ni varón sin mujer» (11) y que, al fin y al cabo, «si la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer y ambos proceden de Dios» (12). Queden, pues, estas opiniones del Apóstol con respecto a la mujer como testimonio de la tensión entre la cultura tradicional y la novedad evangélica en que se debatía la Iglesia primitiva, sin excluir al mismo Apóstol. Una tensión que sigue hoy día y que seguirá hasta que la completa igualdad de derechos y oportunidades del hombre y la mujer sea una realidad no sólo en la sociedad, sino también en la Iglesia.

¹⁶Y si alguien quiere discutir, nosotros no tenemos esa costumbre ni tampoco las Iglesias de Dios.

Ágape y Eucaristía¹⁹

¹⁷ Siguiendo con mis advertencias, hay algo que no alabo: que sus reuniones traen más perjuicio que beneficio.

¹⁸ En primer lugar, he oído que cuando se reúnen en asamblea, hay divisiones entre ustedes, y en parte lo creo; ¹⁹ porque es inevitable que haya divisiones entre ustedes, para que se muestre quiénes son los auténticos. ²⁰ Y así resulta que, cuando se reúnen, no comen la cena del Señor. ²¹ Porque cada uno se adelanta a consumir su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se emborracha. ²² ¿No tienen sus casas para comer y beber? ¿O es que desprecian la asamblea de Dios y quieren avergonzar a los que nada poseen? ¿Qué puedo decirles?, ¿voy a alabarlos? En esto no puedo alabarlos.

²³ Porque yo recibí del Señor lo que les transmití: que el Señor, la noche que era entregado, tomó pan, ²⁴ dando gracias lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía. ²⁵ De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Cada vez que la beban háganlo en memoria mía.

²⁶ Y así, siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor, hasta que vuelva.

²⁷ Por tanto, quien coma el pan y beba la copa del Señor indignamente, comete pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor. ²⁸ En consecuencia, que cada uno se examine antes de comer el pan y beber la copa. ²⁹ Quien come y bebe sin reconocer el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condena.

¹⁹ **11,17-34 Ágape y Eucaristía.** Pablo se enfrenta ahora con un problema mucho más serio, el escándalo de las celebraciones eucarísticas de los corintios.

La «cena del Señor» o eucaristía solía celebrarse al atardecer en las casas privadas –no había iglesias aún– de los más ricos de la comunidad, las únicas que tenían capacidad para acoger a 50 ó 60 personas. Antes de comenzar la «cena del Señor» propiamente dicha, se tenía una comida de hermandad a la cual los pudientes traían sus provisiones que supuestamente tenían que ser compartidas entre todos. Sin esperar a que llegaran los más necesitados y rezagados que solían ser los trabajadores y esclavos a causa de su larga jornada de trabajo, los ricos comían y bebían a sus anchas, de modo que cuando llegaban los pobres, a éstos les tocaba las sobras, si es que algo sobraba. Inmediatamente después, ricos y pobres, los unos satisfechos y hasta borrachos y los otros medio hambrientos, procedían a celebrar la eucaristía.

Al saberlo, Pablo estalla lleno de indignación. ¿Hasta ese extremo llegan las divisiones entre los ricos y pobres de la comunidad? ¿Qué clase de eucaristía celebran ustedes?, viene a decir el Apóstol a aquellos ricos. Para comer y emborracharse, coman y emborráchense en sus casas. Hacerlo donde lo hacen menosprecian la Asamblea de Dios y avergüenzan a los que nada poseen (22) y que son supuestamente hermanos y hermanas suyos.

Ante esta situación, Pablo expone a los corintios el relato de la Institución Eucarística, su sentido y consecuencias, en una bella catequesis que al mismo tiempo que enseña, denuncia y amonesta.

Se trata del documento más antiguo del Nuevo Testamento sobre la Institución de la Eucaristía, dado que esta carta fue escrita hacia el año 55 ó 56, bastante tiempo antes que los evangelios.

El Apóstol dice que les trasmite una tradición que él mismo ha recibido, probablemente en Antioquía, y que se remonta hasta el Señor.

En tiempos de Pablo dicha tradición se había ya concretado en una celebración litúrgica donde se realizaban las dos acciones eucarísticas (23-25), una a continuación de la otra (exactamente como en nuestras eucaristías de hoy, donde a la bendición del pan sigue la bendición del cáliz), y no espaciadas de acuerdo con el ritmo de la cena judía de la Pascua, tal como ocurrió en la «última cena del Señor».

La comida de hermandad se tenía antes y estaba íntimamente ligada al sentido mismo de la eucaristía, es decir la unión y solidaridad.

Pablo sitúa la celebración eucarística entre dos horizontes, ambos referidos a Jesús. Uno histórico: «la noche que era entregado» (23). Otro, futuro: «hasta que vuelva» (26). Entre ambos horizontes transcurre el «aquí y ahora» de la vida y misión de la comunidad cristiana que tiene su corazón y su centro en la Eucaristía. El pan y el vino consagrados recuerdan, actualizan, hacen presente en el seno de la comunidad «la memoria de Jesús», es decir, toda su vida entregada a los pobres, los marginados y pecadores que culmina con la muerte en la cruz y la resurrección. Ahora bien, esta «memoria de Jesús», a través de la invocación y presencia del Espíritu Santo, libera, transforma y salva, pues «siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor hasta que vuelva» (26). Así, el «cuerpo eucarístico» de Jesús no es ya solamente su cuerpo muerto y resucitado, presente en el pan y en el vino, sino que abarca a toda la comunidad de creyentes que queda transformada en el «cuerpo de Cristo» según la metáfora favorita de Pablo para referirse a la comunidad cristiana.

El Apóstol saca las consecuencias. ¿Se puede participar en la eucaristía, oír la palabra de Dios, comulgar el cuerpo y la sangre del Señor y después ignorar al pobre y al oprimido? El Apóstol es durísimo: quien coma el pan y beba la copa del Señor indignamente comete pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor, se come y bebe su propia condena porque desprecia el «cuerpo» de Cristo en sus miembros más débiles, oprimidos y marginados.

El compromiso por la justicia y la liberación no es ya mera exigencia ética para Pablo, sino que surge de la misma entraña del ser cristiano, es decir, de pertenecer al «cuerpo» de Aquel que dio su vida por la liberación de todos en una clara opción por los más desprotegidos y marginados de la sociedad. Ésta es la misión de la Iglesia, cuerpo de Cristo, «hasta que Él venga» y haga definitiva y universal la salvación ya comenzada.

³⁰Ésta es la causa de que haya entre ustedes muchos enfermos y débiles y que mueran tantos. ³¹Si nos examinamos nosotros mismos, no seremos juzgados. ³²Y si nos juzga el Señor, es para corregirnos, a fin de que no seamos condenados con el mundo.

³³Así, hermanos míos, cuando se reúnan para comer, espérense unos a otros. ³⁴Si uno tiene hambre, coma en su casa; así no se reunirán para ser condenados. Los asuntos restantes los resolveré cuando vaya.

Dones espirituales²⁰

12¹Hermanos, acerca de los dones espirituales no quiero que sigan en la ignorancia. ²Ustedes saben que, cuando todavía eran paganos, se dejaban arrastrar ciegamente hacia ídolos mudos. ³Por eso les hago notar que nadie, movido por el Espíritu de Dios puede decir: ¡maldito sea Jesús! Y nadie puede decir: ¡Señor Jesús! si no es movido por el Espíritu Santo.

⁴Existen diversos dones espirituales, pero un mismo Espíritu; ⁵existen ministerios diversos, pero un mismo Señor; ⁶existen actividades diversas, pero un mismo Dios que ejecuta todo en todos. ⁷A cada uno se le da una manifestación del Espíritu para el bien común. ⁸Uno por el Espíritu tiene el don de hablar con sabiduría, otro según el mismo Espíritu el de enseñar cosas profundas, ⁹a otro por el mismo Espíritu se le da la fe, a éste por el único Espíritu se le da el don de sanaciones, ¹⁰a aquél realizar milagros, a uno el don de profecía, a otro el don de distinguir entre los espíritus falsos y el Espíritu verdadero, a éste hablar lenguas diversas, a aquél el don de interpretarlas. ¹¹Pero todo lo realiza el mismo y único Espíritu repartiendo a cada uno como quiere. ¹²Como el cuerpo, que siendo uno, tiene muchos miembros, y los miembros, siendo muchos, forman un solo cuerpo, así también Cristo.

¹³Todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, nos hemos bautizado en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, y hemos bebido un solo Espíritu.

¹⁴El cuerpo no está compuesto de un miembro, sino de muchos. ¹⁵Si el pie dijera: Como no soy mano, no pertenezco al cuerpo, no por ello dejaría de pertenecer al cuerpo. ¹⁶Si el oído dijera: Como no soy ojo, no pertenezco al cuerpo, no por ello dejaría de pertenecer al cuerpo. ¹⁷Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo oiría?; si todo fuera oído, ¿cómo olería? ¹⁸Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno como ha querido. ¹⁹Si todo fuera un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

²⁰ **12,1-31 Dones espirituales.** La imagen del «cuerpo de Cristo», la usa ahora Pablo para enfrentarse a otro problema que tenía la comunidad de Corinto: las rivalidades, celos y rencillas a causa de los diversos dones espirituales –carismas– que los cristianos habían recibido y que ejercitaban tanto en el seno de la comunidad como hacia afuera. Este problema de celos, competencias y discriminación no oculta sino que, al contrario, resalta lo verdaderamente positivo de aquella comunidad. Eran cristianos entusiastas, llenos del Espíritu, conscientes de su protagonismo y de la función mayor o menor que cada uno y cada una podía aportar dentro del grupo. Por eso, a pesar de todas sus debilidades humanas y abusos, la comunidad de Corinto sigue siendo un ejemplo para los creyentes de todos los tiempos. ¿Qué diría el Apóstol de muchas de nuestras comunidades cristinas de hoy, cuyo verdadero problema es la pasividad y el desinterés de sus miembros?

Pablo enumera una lista de estos dones o carismas tanto al principio (8-11) como al final de esta sección de su carta (27s). No se trata de listas exhaustivas sino ilustrativas de la variedad y pluralidad que caracterizaba a la comunidad donde había de todo: gente con el don de sabiduría, de discernimiento, de curación, de consejo, de predicación, de expresar experiencias espirituales y de interpretarlas –el Apóstol llama a estos dones el hablar en lenguas e interpretarlas–, de liderazgo –apóstoles, profetas, maestros–, de asistencia a los necesitados, etc. Es decir, una comunidad verdaderamente plural, viva y comprometida.

¿Cuál era, pues, el problema? El de siempre, es decir: las personas que ejercían funciones más humildes eran minusvaloradas, despreciadas y subordinadas. En cambio, algunos dirigentes y líderes se destacaban del grupo y terminaban dominando y reduciendo al silencio a los otros, seguramente los más pobres y menos influyentes. Pablo, pues, quiere frenar este abuso de discriminación y arrogancia por parte de algunos privilegiados, afirmando que los ministerios, carismas y actividades tienen como origen común al Señor, a su Espíritu y a Dios. Sin usar una terminología trinitaria evolucionada, es patente el pensamiento trinitario del Apóstol: Espíritu –Santo–, Señor –Jesús–, Dios –Padre–.

Los dones y carismas, pues, no son cualidades naturales ni fruto del esfuerzo humano ni méritos o privilegios, sino pura gracia y regalo de las tres personas divinas. Además, estos dones no son para uso y usufructo exclusivo de los que los han recibido, sino para el bien de toda la comunidad. A continuación, el Apóstol vuelve a tomar la imagen de la comunidad como «cuerpo de Cristo» y la relación que debe existir entre sus miembros.

Viene a decir, en primer lugar, que las categorías discriminatorias de esclavo o libre, judío o griego, hombre o mujer, ricos o pobres, ya no existen, pues han sido abolidas por el Señor. En segundo lugar, que todos y todas sin excepción son protagonistas en la construcción del reino de Dios, tarea de toda comunidad cristiana.

La imagen de la sociedad como «cuerpo organizado» era bastante común en el pensamiento ético de la cultura griega. Se usaba, sin embargo, para reforzar el «status quo», es decir, la superioridad y el dominio de unos sobre otros. Al aplicar esa imagen a la comunidad cristiana, Pablo intenta justamente lo contrario: dismantlar cualquier estructura de dominio que margine a los miembros más débiles y vulnerables, o que les quite el protagonismo y los reduzca a «oír y callar» como ha sucedido durante tantos siglos con los sufridos «laicos», cuyo término ha llegado a ser sinónimo de «ignorante».

El Concilio Vaticano II ha dado finalmente un vuelco a la situación al afirmar que la «Iglesia docente, santificante y dirigente» no es ya exclusivamente la jerarquía eclesial, ni los «ministerios» son exclusivos de los obispos y sacerdotes, sino que los cristianos que constituyen la «masa silenciosa» del laicado, en virtud del bautismo recibido, tienen también el carisma del Espíritu de «enseñar, santificar y liderar» dentro de las relaciones de armonía con la jerarquía que constituyen este «misterio de comunión» que es la Iglesia.

El sueño de Pablo de una Iglesia toda carismática y toda ministerial se va haciendo poco a poco realidad.

²⁰Ahora bien, los miembros son muchos, el cuerpo es uno. ²¹No puede el ojo decir a la mano: No te necesito; ni la cabeza a los pies: No los necesito. ²²Más aún, los miembros del cuerpo que se consideran más débiles son indispensables, ²³y a los que consideramos menos nobles los rodeamos de más honor. Las partes menos presentables las tratamos con más decencia; ²⁴ya que las otras no lo necesitan. Dios organizó el cuerpo dando más honor al que menos valía, ²⁵de modo que no hubiera división en el cuerpo y todos los miembros se interesaran por igual unos por otros. ²⁶Si un miembro sufre, sufren con él todos los miembros; si un miembro es honrado, se alegran con él todos los miembros.

²⁷Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno en particular, miembros de ese cuerpo. ²⁸Dios ha querido que en la Iglesia haya en primer lugar apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercer lugar maestros, luego vienen los que han recibido el don de hacer milagros, después el don de sanaciones, el don de socorrer a los necesitados, el de gobierno, y el don de lenguas diversas.

²⁹¿Son todos apóstoles?, ¿son todos profetas?, ¿son todos maestros?, ¿todos hacen milagros?, ³⁰¿tienen todos el don de sanar?, ¿hablan todos lenguas desconocidas?, ¿son todos intérpretes?

³¹Ustedes, por su parte, aspiren a los dones más valiosos. Y ahora les indicaré un camino mucho mejor.

Himno al amor cristiano²¹

13 ¹Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo estruendoso.

²Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera una fe como para mover montañas, si no tengo amor, no soy nada.

³Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

⁴El amor es paciente, es servicial, [el amor] no es envidioso ni busca aparentar, no es orgulloso ni actúa con bajeza, ⁵no busca su interés, no se irrita, sino que deja atrás las ofensas y las perdona, ⁶nunca se alegra de la injusticia, y siempre se alegra de la verdad. ⁷Todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

⁸El amor nunca terminará. Las profecías serán eliminadas, el don de lenguas terminará, el conocimiento será eliminado. ⁹Porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías limitadas.

¹⁰Cuando llegue lo perfecto, lo imperfecto será eliminado.

¹¹Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; al hacerme adulto, abandoné las cosas de niño.

¹²Ahora vemos como en un mal espejo, confusamente, después veremos cara a cara.

Ahora conozco a medias, después conoceré tan bien como Dios me conoce a mí.

¹³Ahora nos quedan tres cosas: la fe, la esperanza, el amor. Pero la más grande de todas es el amor.

²¹ **13,1-13 Himno al amor cristiano.** Lo que en el cuerpo realiza y anima la funcionalidad orgánica, en la Iglesia lo realiza el super-carisma que es el amor. Al llegar aquí, la retórica de Pablo se vuelve lírica para cantar al amor.

Puede compararse con la enseñanza del sermón de la cena –especialmente Jn 15,12-17– y la primera carta de Juan. A los términos griegos corrientes de «eros» o «philia» ha preferido Pablo uno menos frecuente, «ágape», pues canta al amor que el Espíritu de Dios, de Cristo, infunde en el cristiano y la cristiana (cfr. Rom 5,5).

Aunque en alguna de sus manifestaciones coincida con las de otros amores humanos, el origen y finalidad del «ágape» trasciende y supera a todos.

El término griego «ágape» se ha venido traduciendo por «caridad». Esta palabra hoy día está desprestigiada, ha perdido en nuestras lenguas actuales toda la fuerza que tenía en la experiencia en la vida de Pablo.

Hoy «caridad» o «hacer caridad» para mucha gente significa dar una limosna o ayuda esporádica al necesitado sin que necesariamente comprometa a la persona en lo más profundo de su ser. Para el Apóstol, por el contrario, la «caridad» lo es todo y sin «caridad» toda la vida cristiana se reduce a hipocresía.

¿Cómo explicar este amor? Dejando aparte toda definición, Pablo se lanza a una apasionada descalificación y relativización de todo don o cualidad humana, esfuerzo, renuncia y sacrificio que no esté inspirado por el amor-caridad (1-3). Después, baja al detalle y nos dice cómo se comporta una persona que ama (4-7), para terminar afirmando que, al final, cuando nos encontremos con Dios cara a cara, la fe y la esperanza habrán cumplido su cometido y ya solo el amor permanecerá para siempre. No debemos olvidar el contexto polémico de la carta donde Pablo inserta este magnífico canto al amor, es decir, el contexto del «cuerpo de Cristo», formado por todos los creyentes de la comunidad de Corinto donde se había insinuado la división y la discriminación. Sólo el amor a Cristo y a su cuerpo, inseparables ya, es capaz de crear la comunidad. Como decía san Juan de la Cruz: «en el último día seremos examinados de amor».

Profecía y lenguas arcanas²²

14¹Busquen el amor; y aspiren también a los dones espirituales, sobre todo al de la profecía. ²Quien habla una lengua desconocida no habla a hombres, sino a Dios: nadie lo entiende, porque movido por el espíritu habla de misterios. ³En cambio, quien profetiza habla a hombres edificando, exhortando y animando. ⁴Quien habla una lengua desconocida se edifica él mismo; quien profetiza edifica a la Iglesia.

⁵Me gustaría que todos tuvieran el don de lenguas, pero prefiero que profeticen. Quien profetiza es superior al que habla una lengua desconocida, a menos que la interprete para edificación de la Iglesia. ⁶Supongan, hermanos, que me presento ante ustedes hablando lenguas desconocidas: si no transmito alguna revelación o conocimiento o profecía o enseñanza, ¿de qué les serviría?

⁷Ocurre igual que con los instrumentos musicales, por ejemplo la flauta o la cítara: si las notas que se dan no guardan los intervalos, ¿cómo se reconoce lo que toca la flauta o la cítara? ⁸Si la trompeta no da un toque definido, ¿quién se preparará para el combate? ⁹Lo mismo les pasa a ustedes con lo que hablan: si no pronuncian palabras inteligibles, ¿cómo se entenderá lo que dicen? Estarían hablando al viento.

¹⁰Con tantas lenguas como existen en el mundo, ninguna carece de significado. ¹¹Si no entiendo el significado de una lengua, soy un extranjero para el que me habla y él lo es para mí. ¹²Igual ustedes: ya que aspiran a dones espirituales, procuren tener en abundancia aquellos que ayudan a la edificación de la Iglesia.

¹³Por tanto, quien habla una lengua desconocida pida el don de interpretarla. ¹⁴Porque si rezo en lengua desconocida, mi espíritu reza, pero mi mente no saca ningún provecho. ¹⁵¿Qué puedo hacer? Rezaré con mi espíritu y con mi mente, cantaré himnos con mi espíritu y con mi mente. ¹⁶Si bendices a Dios solamente con tu espíritu, ¿cómo responderá amén a tu acción de gracias la persona sencilla y no preparada, si no sabe lo que dices? ¹⁷Tú das gracias bellamente, pero el otro no sacó provecho. ¹⁸Yo, gracias a Dios, hablo lenguas desconocidas más que todos ustedes; ¹⁹pero en una asamblea, para instruir a los demás, prefiero decir cinco palabras inteligibles a pronunciar diez mil desconocidas.

²⁰Hermanos, no sean niños en su modo de pensar; sean niños en la malicia pero adultos en el modo de pensar. ²¹En la ley está escrito:

*Yo hablaré a este pueblo
en lenguas extrañas,
y ni aún así me obedecerá,
dice el Señor.*

²²De suerte que las lenguas desconocidas son señal para los no creyentes, no para los creyentes; mientras que la profecía es señal para los creyentes y no para los que no creen.

²³Supongamos que se reúne la Iglesia entera y todos se ponen a hablar lenguas desconocidas: si

²² **14,1-40 Profecía y lenguas arcanas.** A juzgar por la extensión del capítulo, o Pablo pretendía dejar bien claras las cosas o los corintios eran duros de cabeza y reacios a entender. La conclusión (37) delata un tono ligeramente irritado. En aquellas asambleas comunitarias no sólo había marginación y división, sino también confusión y desorden, quizás lo uno provocado por lo otro. Por lo visto, un grupo de fervorosos carismáticos, tal vez un poco exaltados, traía de cabeza a todos con sus largas intervenciones de sonidos inarticulados e ininteligibles a las que Pablo se refiere como «lenguas arcanas».

Es sorprendente el espacio y la minuciosidad con que el Apóstol trata el tema. Se ve que no era un episodio marginal y esporádico. Es probable que este grupo tratara de monopolizar el desarrollo de las asambleas con su excesivo protagonismo por considerar ese don como superior a los otros. Pablo hace una llamada a la madurez y sentido común que debe reinar en las reuniones. No condena de entrada este «don de lenguas», sino que lo pone en su justa perspectiva. El objetivo de todo carisma o don del Espíritu es la «edificación de la Iglesia» (12). Éste es el criterio que debe presidir el orden de las asambleas y el protagonismo de los dones y carismas al servicio de la comunidad. Cada cosa a su tiempo. Como ejemplo, aduce que aunque él mismo posee ese don de hablar en lenguas arcanas, incluso «más que todos ustedes» (18), pero «para instruir a los demás, prefiero decir cinco palabras inteligibles a pronunciar diez mil desconocidas» (19). Además, hay que mirar el bien de los que no comparten aún nuestra fe. Si entra un no cristiano en la asamblea y se encuentra con que todos y todas están emitiendo al mismo tiempo sonidos inarticulados, «¿no dirá que están todos locos?» (23). Por el contrario, «si todos profetizan» (24), se sentirá interpelado y juzgado y terminará cayendo de rodillas y reconociendo que «realmente Dios está con ustedes» (25). Pero aun este carisma de la profecía o enseñanza hay que ejercerlo con orden y concierto.

De pronto, como un exabrupto, Pablo parece ordenar a las mujeres que se callen en las asambleas (34), en aparente contradicción con lo dicho anteriormente (11,5), donde reconoce el derecho de la mujer a profetizar y dirigir la oración en público. Estas palabras del Apóstol han levantado considerable polémica, hasta tal punto que muchos expertos piensan que han sido introducidas en el texto después de su muerte, cuando el anti-feminismo cobraba fuerza en las comunidades cristianas post-apostólicas (cfr. 1 Tim 2,12). Si son palabras del mismo Pablo, el contexto está pidiendo otra interpretación más matizada, es decir, el Apóstol no estaría dando una norma general sino corrigiendo el abuso concreto de ciertas mujeres que interrumpían continuamente con sus preguntas con el afán de aprender, poniendo a prueba la paciencia del grupo y contribuyendo al desorden de la asamblea. Ésta es la interpretación más lógica que pide el texto y el contexto.

Hay salido o no dichas palabras de Pablo, el hecho es que están ahí como reflejo de los prejuicios anti-feministas de entonces. ¿Qué decir, pues? Sencillamente, que esas palabras no son palabras que tocan a la fe cristiana, sino a la organización de la Iglesia, respecto a la cual ni Pablo ni nadie puede fijar normas irrevocables, menos aún basadas en prejuicios machistas.

entran algunos no creyentes o gente no preparada, ¿no dirán que están todos locos? ²⁴En cambio, si todos profetizan, cuando entre un no creyente o una persona no preparada, se sentirá interpelado por todos, juzgado por todos; ²⁵se revelarán los secretos de su corazón, caerá de rodillas adorando a Dios y declarará: Realmente Dios está con ustedes.

²⁶¿Qué conclusión sacamos, hermanos? Cuando se reúnen, que uno aporte un himno, otro una enseñanza, otro una revelación, otro un mensaje en lengua desconocida, otro su interpretación: todo para la edificación común.

²⁷Si se habla en lenguas desconocidas, hablen dos, a lo más tres, por turno, y que otro lo interprete. ²⁸Si no hay intérprete, mejor es no hablar en la asamblea y que cada uno hable consigo mismo y con Dios. ²⁹Tratándose de profetas, hablen dos o tres, y los demás deben juzgar.

³⁰Si uno de los asistentes recibe una revelación, el que está hablando debe callarse. ³¹Todos pueden profetizar por turno, para que todos aprendan y se animen. ³²Pero la inspiración profética está vinculada a los profetas; ³³porque Dios no quiere el desorden, sino la paz.

Como en todas las Iglesias de los consagrados, ³⁴las mujeres deben callar en la asamblea, porque no se les permite hablar, sino que han de someterse, como manda la ley: ³⁵Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus maridos en casa. No está bien que una mujer hable en la asamblea.

³⁶¿Acaso salió de ustedes la Palabra de Dios?, ¿acaso les llegó sólo a ustedes? ³⁷Si alguien se considera profeta o inspirado, reconozca que lo que escribo es mandato del Señor. ³⁸Y quien no lo reconozca no será reconocido. ³⁹En conclusión, hermanos, aspiren al don de la profecía y no impidan hablar en lenguas desconocidas. ⁴⁰Y que todo se haga con orden y decentemente.

Resurrección de los muertos²³

15 ¹Ahora, hermanos, quiero recordarles la Buena Noticia que les anuncié: la que ustedes recibieron y en la que perseveran fielmente, ²por ella son salvados, siempre que conserven el mensaje tal como yo se lo prediqué; de lo contrario habrían aceptado la fe en vano. ³Ante todo, les he transmitido lo que yo mismo había recibido: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, ⁴que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras, ⁵que se apareció a Cefas y después a los Doce; ⁶luego se apareció a más de quinientos hermanos de una sola vez: la mayoría viven todavía, algunos murieron ya; ⁷después se apareció a Santiago y de nuevo a todos los apóstoles. ⁸Por último se me apareció a mí, que soy como un aborto. ⁹Porque yo soy el último entre los apóstoles y no merezco el título de apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios.

²³ **15,1-11 Resurrección de los muertos.** Concluido el tema de los carismas y su uso, Pablo afronta un nuevo problema sobre el que le han llegado rumores: «¿Cómo algunos de ustedes dicen que no hay resurrección de muertos?» (12). Es posible que estos individuos estuvieran influidos por el pensamiento filosófico griego que separaba el alma y el cuerpo y que valoraba sólo aquella, reduciendo el cuerpo a materia despreciable y perecedera. Si en la muerte el «alma» se libera del «cuerpo», ¿qué sentido tiene recuperarlo, encerrarse o enterrarse de nuevo en él a través de una posible y futura resurrección corporal? Sería como si el alma regresara de nuevo a la tumba del cuerpo, haciendo juego con las palabras griegas: «soma», cuerpo; y «sema», tumba.

Aceptaban, eso sí, que Jesús resucitó y que esa resurrección ya la estaban gozando plenamente. ¿Prueba de ello? La euforia espiritual de esa supuesta libertad y conocimiento superior que les proporcionaban ciertos carismas malentendidos (cfr. 14,12-19).

Las consecuencias no eran tan inocentes. Por ejemplo, la indiferencia moral hacia todo lo relativo al cuerpo, sexualidad incluida (cfr. 6,12s), o la falta de sensibilidad sobre la situación de los más pobres y marginados de la comunidad (cfr. 8,1-12; 10,23).

Pablo, pues, aborda el tema de la resurrección de Jesús ligándolo indisolublemente a la nuestra. Lo hace de manera sistemática y ordenada.

«Quiero recordarles la Buena Noticia que les anuncié» (1). La introducción es solemne porque da paso a lo fundamental del Evangelio que él predica y que los corintios acogieron con la fe «siempre que conserven el mensaje tal como yo se lo prediqué» (2). Esta Buena Noticia había quedado ya establecida en tiempos de Pablo en una especie de «confesión de fe» aceptada por todas las comunidades cristianas y articuladas con expresiones precisas y claras que se refieren a dos hechos correlativos: muerte-resurrección de Jesús. Una muerte que perdona los pecados porque desemboca en la resurrección. La mención a la sepultura rubrica la muerte. Las apariciones atestiguan la vida.

El motivo de Pablo en recordarles esta tradicional «confesión de fe» quizás sea que algunos de los corintios cuestionaban su autoridad como Apóstol. Una vez dejada clara la «confesión de fe», Pablo enumera a los «testigos» de la resurrección de Jesús comenzando por los más calificados, Pedro y los Doce, siguiendo por los otros «apóstoles» y un grupo impresionante de 500 hermanos y hermanas. Pablo se pone en pie de igualdad con los demás testigos, aunque se asigna el último puesto en la fila (cfr. Ef 3,8). El testimonio apostólico de estos hombres y mujeres que vieron, hablaron y comieron con Jesús resucitado es fundamental para nuestra fe. A ello nos referimos cuando, recitando el «credo» en la celebración eucarística, confesamos creer en una Iglesia santa, católica y «apostólica». Creemos no solamente lo que los apóstoles «vieron» con sus propios ojos, es decir, que Jesús estaba vivo, sino lo que ellos «creyeron»: que esta vida del resucitado nos es dada a todos y a todas como perdón de nuestros pecados y primicia y promesa de nuestra propia resurrección futura. La resurrección de Jesús, por tanto, es más que un «hecho real», es también una «realidad de fe». Por eso la Iglesia desde sus comienzos no fue un movimiento de contornos indefinidos, sino una comunidad convocada y reunida en torno a esta «realidad de fe» fundada en los «testigos de la resurrección», los apóstoles.

Así sigue siendo hoy día y seguirá hasta el final de los tiempos. La Iglesia toda y cada uno y cada una de sus miembros, según su ministerio: papa, obispos, sacerdotes, laicos y laicas, tenemos el deber primordial de mantener intacto y vivo el testimonio de los apóstoles.

¹⁰Gracias a Dios soy lo que soy, y su gracia en mí no ha resultado estéril, ya que he trabajado más que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo. ¹¹Con todo, tanto yo como ellos, proclamamos lo mismo y esto es lo que ustedes han creído.

También nosotros resucitamos²⁴

¹²Ahora bien, si se proclama que Cristo resucitó de la muerte, ¿cómo algunos de ustedes dicen que no hay resurrección de muertos? ¹³Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado; ¹⁴y si Cristo no ha resucitado, es vana nuestra proclamación, es vana nuestra fe. ¹⁵Y nosotros resultamos ser testigos falsos de Dios, porque testimoniamos contra Dios diciendo que resucitó a Cristo siendo así que no lo resucitó, ya que los muertos no resucitan. ¹⁶Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado. ¹⁷Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria, y sus pecados no han sido perdonados, ¹⁸y los que murieron como cristianos perecieron para siempre. ¹⁹Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los hombres más dignos de compasión.

²⁰Ahora bien, Cristo ha resucitado de entre los muertos, y resucitó como primer fruto ofrecido a Dios, el primero de los que han muerto. ²¹Porque, si por un hombre vino la muerte, por un hombre viene la resurrección de los muertos. ²²Como todos mueren por Adán, todos recobrarán la vida por Cristo. ²³Cada uno en su turno: el primero es Cristo, después, cuando él vuelva, los cristianos; ²⁴luego vendrá el fin, cuando entregue el reino a Dios Padre y termine con todo principiado, autoridad y poder. ²⁵Porque él tiene que reinar hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies; ²⁶el último enemigo que será destruido es la muerte, ²⁷según dice la Escritura: *Todo lo ha sometido bajo sus pies*. Pero al decir que todo le está sometido, es evidente que se excluye a aquel que le somete todas las cosas. ²⁸Cuando el universo le quede sometido, también el Hijo se someterá al que le sometió todo, y así Dios será todo para todos.

²⁹Si no fuera así, ¿qué hacen los que se bautizan por los muertos? Si los muertos no resucitan, ¿por qué se bautizan por ellos? ³⁰¿Por qué nosotros nos exponemos en todo instante al peligro? ³¹Cada día estoy en peligro de muerte. Lo juro, [hermanos,] por el orgullo que siento de ustedes ante Cristo Jesús Señor nuestro. ³²Si por motivos humanos luché con las fieras en Éfeso, ¿de qué me sirvió? *Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos*. ³³No se dejen engañar: las malas compañías corrompen las buenas costumbres. ³⁴Vuelvan a comportarse como es debido y dejen de pecar, porque algunos de ustedes todavía no saben nada de Dios – para vergüenza de ustedes lo digo–.

²⁴ **15,12-34 También nosotros resucitamos.** La resurrección de Jesús se ordena a la nuestra; si no se da la nuestra no se dio la de Jesús. Pablo argumenta reduciendo al absurdo la posición de los que niegan la resurrección. Si Jesús no resucitó, nuestra fe carece de objeto y fundamento, nuestra esperanza es ilusoria y trágica.

El Apóstol llega a decir que los cristianos seríamos las personas «más dignas de compasión» al haber puesto nuestra esperanza en Cristo «sólo para esta vida» (19). Un desastre para los ya muertos y un gran vacío para los aún vivos. Una vaga inmortalidad del «alma» sin el cuerpo, como proponía la filosofía griega, repugna tanto al Pablo de tradición judía como al Pablo cristiano.

Estos versículos constituyen la gran afirmación de la esperanza cristiana. Pablo contempla a la humanidad como un gran acontecimiento solidario, tanto para la desgracia como para la salvación. La contraposición Adán-Cristo tiene para él simultáneamente un valor histórico, antropológico y salvífico. La humanidad bajo el pecado y la muerte –simbolizada en Adán– es substituida por la humanidad bajo la gracia y la vida que nos da Cristo. La primera fue causada por la desobediencia de uno, la segunda por la obediencia del otro (cfr. Rom 5,19). El dolor y la muerte son lo opuesto al plan de Dios; por medio de Cristo dicho plan, que es plan de vida, queda restablecido.

En este camino hacia la vida, Pablo establece las siguientes etapas: primera, la resurrección de Cristo que ya es una realidad. Segunda, la resurrección universal «cuando él vuelva» (23). Tercera, el sometimiento de todos los poderes hostiles a Dios, hasta terminar con el último de estos, la muerte. Véase Is 25,8: «aniquilará la muerte para siempre», o Ap 20,14: «Muerte y Hades fueron arrojados al foso del fuego». Ese día se implantará definitivamente el «reino de Dios» que Jesús empezó a proclamar en Galilea (Mt 1,15).

El Apóstol utiliza otros argumentos para dejar bien claro su mensaje. Uno, tomado de la práctica de algunos corintios que por lo visto recibían un segundo bautismo para aplicarlo a parientes y amigos no cristianos ya muertos. Aunque no está claro qué tipo de práctica era ésta –el Apóstol ni la autoriza ni la desautoriza–, sería más o menos semejante a los suffragios y oraciones que ofrecemos hoy por los difuntos y que están suponiendo la creencia en una vida futura. Por último y refiriéndose a sí mismo, Pablo les dice que estaría sufriendo por ellos en vano si no creyera en la resurrección. Si no hay resurrección, tendrían razón los que rigen su vida por el refrán popular que cita el Apóstol: «si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos» (32).

¿Cómo resucitan los muertos?²⁵

³⁵Pero preguntará alguno: ¿Cómo resucitan los muertos?, ¿con qué cuerpo salen? ³⁶iNecio! Lo que tú siembras no llega a tener vida si antes no muere. ³⁷Lo que siembras no es la planta tal como va a brotar, sino un grano desnudo, de trigo o de lo que sea; ³⁸y Dios le da el cuerpo que quiere, a cada simiente su cuerpo.

³⁹No todos los cuerpos son iguales. Una es la carne del hombre, otra la de las reses, otra la de las aves, otra la de los peces. ⁴⁰Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres. Uno es el resplandor de los celestes y otro el de los terrestres. ⁴¹Uno es el resplandor del sol, otro el de la luna, otro el de los astros; un astro se distingue de otro en resplandor. ⁴²Así pasa con la resurrección de los muertos: ⁴³se siembra corruptible, resucita incorruptible; se siembra miserable, resucita glorioso; se siembra débil, resucita poderoso; ⁴⁴se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual.

Si existe un cuerpo natural, existe también un cuerpo espiritual.

⁴⁵Así está escrito: *el primer hombre, Adán, se convirtió en un ser vivo*; el último Adán se hizo un espíritu que da vida.

⁴⁶No fue primero el espiritual, sino el natural, y después el espiritual. ⁴⁷El primer hombre procede de la tierra y es terreno, el segundo hombre procede del cielo. ⁴⁸El hombre terrenal es modelo de los hombres terrenales; como es el celeste modelo de los hombres celestes.

⁴⁹Así como hemos llevado la imagen del hombre terrestre, llevaremos también la imagen del celeste.

⁵⁰Hermanos, les digo que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción heredar lo que es incorruptible. ⁵¹Les voy a comunicar un secreto: no todos moriremos, pero todos seremos transformados. ⁵²En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de trompeta que tocará, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados.

⁵³Esto corruptible tiene que revestirse de incorruptibilidad y lo mortal tiene que revestirse de inmortalidad. ⁵⁴Cuando lo corruptible se revista de incorruptibilidad y lo mortal de inmortalidad, se cumplirá lo escrito:

*La muerte
ha sido vencida definitivamente.*

⁵⁵*¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?
¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?*

²⁵ **15,35-58 ¿Cómo resucitan los muertos?** Pablo comienza llamando «necios» a los que se imaginaban a los cadáveres saliendo de las tumbas con sus carnes recompuestas. Es probable que se tratara de una imagen burlona de los que negaban la resurrección. ¿Cuál será, pues, la realidad de los cuerpos resucitados? El Apóstol, a través de comparaciones, nos lleva a la única respuesta posible: al ilimitado poder divino. Éste se manifiesta tanto en el mundo vegetal como en el animal.

Quizás nosotros, conocedores hoy de los códigos genéticos de plantas y animales, hayamos perdido la capacidad de asombro ante la transformación que experimenta el más humilde «grano desnudo, de trigo o de lo que sea» (37) que muere para cobrar nueva vida. No era así para la cultura bíblica en la que se mueve Pablo.

Las comparaciones vegetales son corrientes en el Antiguo Testamento y sirven de ordinario para exaltar la vitalidad permanente, creciente y renovada (cfr. Sal 1; 92; Job 14,7-9). Los paisanos de Jesús no tenían ideas claras sobre la vida vegetal y atribuían el cambio prodigioso de semilla escueta y madura a tallo robusto y espiga granada a la acción directa de Dios. Solicitado por el contexto, Pablo llama «a cada simiente su cuerpo» (38), a la planta madura que, en el cambio total de su forma material, está resaltando el principio vital que lo ha hecho posible y que no es otro que el poder de Dios.

Del asombro ante el cambio radical que se produce en las plantas, Pablo pasa ahora al asombro ante la variedad individual que se observa tanto en el mundo animal como en el de los «cuerpos celestes», de los que el Apóstol resalta su «esplendor», «doxa» en griego, como queriendo rastrear en ellos un reflejo de la «gloria», también «doxa», de Dios.

El Apóstol saca la conclusión. La metáfora «se siembra» recoge la comparación vegetal y mira de reojo al acto de enterrar al muerto como a una especie de siembra (cfr. Jn 12,24). Se siembra «corruptible, miserable, débil, como cuerpo natural, resucita incorruptible, glorioso, poderoso, como cuerpo espiritual» (43s). La resurrección, pues, no es el resultado de un proceso o evolución natural, sino obra del poder de Dios, un avance hacia adelante, un salto cualitativo hacia la esfera de lo divino que lleva consigo lo «corporal y lo terreno», tal como sucedió con el cuerpo resucitado de Jesús.

Es algo tan indescriptible que Pablo lo designa con una paradoja: «se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual» (44). Sigue desarrollando su mensaje con la comparación Adán-Cristo. No es un recurso mítico sino histórico.

Adán simboliza al ser vivo, animal, procedente de la tierra. El segundo Adán –Cristo resucitado– es Espíritu de vida, procedente del cielo. El primero es la imagen de nuestra condición terrestre, la imagen que el padre trasmite al hijo (cfr. Gn 5,3); el segundo es la imagen de nuestra condición celeste. Ahora bien, «la carne y la sangre», el cuerpo humano corruptible, es incapaz de recibir la herencia del «reino» de la gloria y la inmortalidad, no tiene más derecho a él. Tiene que transformarse primero mediante el poder de Dios. Pablo se refiere a esta necesaria transformación con la mirada puesta en los acontecimientos de los últimos días (cfr. 1 Tes 4,15-17).

Ya sea que la segunda venida del Señor nos encuentre vivos o muertos, la transformación será necesaria tanto para unos como para otros. Entonces será inaugurada la etapa definitiva de la humanidad.

El Apóstol, que pensaba que la Parusía o la segunda venida del Señor era inminente, esperaba encontrarse entre los vivos cuando llegara aquel día. Este misterio de la resurrección ya en marcha, concluye Pablo, no debe llevarnos a una esperanza pasiva, sino todo lo contrario, es una invitación al progreso en la tarea asignada. La exhortación final a permanecer en la tarea y el esfuerzo, empalma con 15,30-32. La esperanza en la resurrección gloriosa final da sentido a la lucha y sufrimientos cotidianos.

⁵⁶El aguijón de la muerte es el pecado, el poder del pecado es la ley.

⁵⁷Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

⁵⁸En conclusión, queridos hermanos, permanezcan firmes, incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, convencidos de que sus esfuerzos por el Señor no serán inútiles.

Colecta para los fieles de Jerusalén y saludos finales²⁶

16¹En cuanto a la colecta en favor de los consagrados sigan las mismas instrucciones que di a las Iglesias de Galacia.

²Todos los domingos cada uno de ustedes aparte y deposite lo que haya logrado ahorrar; así, cuando yo llegue, no hará falta hacer la colecta. ³Cuando llegue, enviaré con cartas a los que ustedes hayan elegido para que lleven su donativo a Jerusalén. ⁴Si conviene que yo también vaya, ellos me acompañarán. ⁵Los visitaré cuando atraviere Macedonia, ya que tengo que pasar por allí. ⁶Es posible que permanezca algún tiempo o incluso pase el invierno con ustedes, para que me ayuden a continuar mi camino. ⁷En esa ocasión no quiero verlos de pasada, sino que espero estar una temporada con ustedes, si el Señor lo permite. ⁸Estaré en Éfeso hasta Pentecostés, ⁹ya que se me ha abierto una puerta grande y favorable, aunque los adversarios son muchos.

¹⁰Cuando llegue Timoteo, procuren que no se sienta incómodo entre ustedes, ya que como yo trabaja en la obra del Señor. ¹¹Nadie lo desprecie. Ofrezcanle los medios necesarios para proseguir su camino y así pueda juntarse conmigo, porque lo estamos esperando con los hermanos.

¹²Al hermano Apolo le he insistido que vaya a visitarlos con los hermanos; pero él se niega rotundamente a ir ahora; ya irá cuando sea oportuno.

¹³Estén despiertos, permanezcan firmes en la fe, sean valientes y animosos. ¹⁴Todo lo que hagan, háganlo con amor. ¹⁵Tengo que hacerles una recomendación: conocen a la familia de Esteban: son los primeros que abrazaron la fe en Acaya y se dedicaron a servir a los consagrados.

¹⁶Les pido que también ustedes se pongan a disposición de gente como ellos y de cuantos colaboran en sus trabajos y esfuerzos.

¹⁷Estoy muy contento con la llegada de Esteban, Fortunato y Acaico: ellos han llenado el vacío que ustedes habían dejado ¹⁸y han serenado mi espíritu y el de ustedes.

¹⁹Los saludan las Iglesias de Asia. También les envían muchos saludos en el Señor Áquila, Prisca y toda la comunidad que se reúne en su casa.

²⁰Los saludan todos los hermanos. Salúdense mutuamente con el beso santo.

²¹El saludo es de mi puño y letra: *Pablo*.

²²Quien no ame al Señor sea maldito. ¡Ven, Señor! ²³La gracia del Señor Jesús esté con ustedes. ²⁴Los amo a todos en Cristo Jesús.

²⁶ **16,1-24 Colecta para los fieles de Jerusalén y saludos finales.** La colecta en favor de la Iglesia Madre de Jerusalén, ampliamente comentada en 2 Cor 8s y mencionada también en Rom 15,25-31 expresa la solidaridad de los cristianos procedentes del paganismo con los judeo-cristianos residentes en Palestina, zona periódicamente azotada por la carestía y el hambre. Pablo la entiende, sobre todo, como signo de comunión eclesial. La colecta se hacía en la reunión litúrgica dominical.

El compartir los bienes en la celebración eucarística subrayaba el compromiso fraterno que debe acompañar el culto a Dios. Es un signo de delicadeza por parte del Apóstol el aconsejar que las colectas no se hagan en su presencia. Por el momento no ve la necesidad de ir él en persona a entregar los donativos a la Iglesia Madre. Cuando las relaciones con Jerusalén empeoren lo verá imprescindible (cfr. Rom 15,25.31); pero no irá solo, sino acompañado de representantes de la comunidad (cfr. Hch 20,4).

Al final de la carta, el Apóstol vuelve al estilo familiar con el anuncio de una futura visita, saludos, recomendaciones y avisos. Es de notar su aprecio a Timoteo (cfr. Flp 2,19-22; 1 Tes 3,2), su colaborador más fiel, y la interesante recomendación que hace de él a los Corintios: «procuren que no se sienta incómodo entre ustedes» (10).

La mención de «las Iglesias» (en plural) de Asia, cuyos saludos les transmite, es reflejo de la organización de los cristianos de Pablo reunidos en pequeñas comunidades domésticas. Una de estas tiene su sede en la casa de Prisca y Áquila, el conocido matrimonio judeo-cristiano que se desplazó con Pablo de Corinto a Éfeso (cfr. Hch 18,2.18.26).

Aunque las cartas se dictaban a un escriba, el remitente firmaba de su puño y letra (cfr. Col 4,18; 2 Tes 3,17). Las últimas palabras de Pablo, la invitación a darse la paz y el saludo «Ven, Señor» o «Maranatha» parecen aludir a un contexto litúrgico de celebración eucarística, donde probablemente se leían las cartas del Apóstol que poco a poco se iban situando al nivel de las sagradas Escrituras de Israel (cfr. 2 Pe 3,16). La maldición o anatema suena como aviso a permanecer fiel al amor de Dios.

El saludo «Maranatha» refleja el sentido de tensión escatológica que tenía la eucaristía en aquellas comunidades, donde, al mismo tiempo que se experimentaba al Señor ya presente, se anunciaba y se pedía apasionadamente su venida gloriosa y definitiva. De hecho, el saludo «Maranatha» se convirtió en una de las maneras de saludarse entre cristianos (cfr. Ap 22,20) completando así al saludo tradicional judío de «shalom» (paz). La carta termina con lo más importante que Pablo quiere decirles: «los amo a todos en Cristo Jesús» (24).